

Selección de cuentos del Decamerón



¹ A Tale from the Decameron de John William Waterhouse (1916)

Índice

Índice	2
Biografía de Giovanni Bocaccio	4
Micer Ciappelletto, con una falsa confesión, engaña a un santo fraile y muere; y, habiendo sido pésimo hombre en vida, es, muerto, reputado por santo y llamado san Ciappelletto.	7
Bernabé de Génova, engañado por Ambrosuelo, manda matar a su inocente esposa. Ella se salva y, con ropas de hombre, sirve al sultán. Halla al engañador, lleva a Bernabé a Alejandría y, castigando al culpable, recobra sus ropas femeninas y con su marido torna, muy rica, a Génova	18
Masseto de Lamporecchio, fingiéndose mudo, se hace hortelano de un convento de monjas que porfían por acostarse con él.	26
Fray Alberto hace creer a una mujer que el arcángel Gabriel está enamorado de ella, y fingiendo ser él el ángel, muchas veces con ella yace. Después, temeroso de los parientes de la mujer, huye de su casa y se refugia en la de un pobre hombre. Éste, disfrazándolo de rústico, le lleva a la plaza al día siguiente, donde es reconocido por los monjes de su orden y, por tanto, prendido y encarcelado.	30
Juan de Prócida, descubierto con una joven amada por él y que había sido dada al rey Federico, fue condenado a la hoguera y atado a un palo, pero, reconocido por Ruggeri dell’Oria, se salva y se casa con la muchacha.	37
Fray Cebolla promete a unos campesinos mostrarles una pluma del ángel Gabriel, y como en su lugar encuentra unos carbones, dice que son éstos con los que asaron a san Lorenzo.	41
Un celoso, a guisa de sacerdote, confiesa a su mujer, la cual le hace saber que ama a un sacerdote que todas las noches acude a verla. Y mientras el celoso, ocultamente, vigila la puerta, la mujer hace entrar a su amante por el tejado y con él se refocila.	50
Calandrino, Bruno y Buffalmacco andan por el Mugnone en busca de la Helitropía, y cree golondrino haberla encontrado. Vuelve a su casa cargado de piedras, repréndele la mujer, y él, mohíno, la apalea y cuenta a sus compañeros lo que ellos saben mejor que él.	55
El maestro Simón, a instancias de Bruno, Buffalmacco y Nelo, hace creer a Calandrino que esta frenado, y Calandrino, para las medicinas, entrega capones y dinero, y sana sin parir.	61
Micer Gentil de Carisendi, al venir de Módena, saca de la sepultura a una mujer amada por él y a la que por muerta habían enterrado. Reconfórtase ella y da a luz un varón, y micer Gentil devuelve mujer y niño a Niccoluccio Caccianemicco, esposo de ella.	65
Carta a los censores	70

Biografía de Giovanni Boccaccio²

(?, 1313-Certaldo, actual Italia, 1375) Escritor italiano. Hijo natural del mercader y banquero florentino Boccaccio da Chellino, agente de la poderosa compañía financiera de los Bardi, no conoció la identidad de su madre. Las leyendas que el propio Boccaccio se encargó de difundir acerca de su vida no permiten determinar si nació en París, Certaldo o Florencia. Lo cierto es que creció en esta última ciudad, en el barrio de San Pietro Maggiore, y fue educado por Giovanni Mazzuoli da Strada, quien le inculcó la pasión por Dante que lo dominaría toda su vida.



Boccaccio

Tras demostrar escasas aptitudes para las finanzas y el comercio, fue enviado por su padre a Nápoles, donde adquirió una sólida formación literaria gracias a las enseñanzas de los más ilustres eruditos de la corte napolitana: Paolo da Perugia y Andalo Delnevo. Lo que más le impresionó del ambiente napolitano

² Fernández, Tomás y Tamaro, Elena. «Biografía de Giovanni Boccaccio». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea* [Internet]. Barcelona, España, 2004. Disponible en <https://www.biografiasyvidas.com/biografia/b/boccaccio.htm> [fecha de acceso: 26 de junio de 2022].

fueron el refinamiento y la voluptuosidad que reinaban en la corte de los Anjou, en la cual convergían las culturas italiana, bizantina y árabe.

En ese contexto de intrigas y ambiciones cortesanas, amores prohibidos y sensualidad se sitúa su obra maestra, *El decamerón*, centrada en la figura cambiante y fascinadora de Fiammetta, hija ilegítima de Roberto de Anjou, y en sus propias aventuras juveniles, debidamente enriquecidas mediante brillantes ornamentos literarios e invenciones de todo tipo. El personaje de Fiammetta, a quien el autor pretendió haber amado, recorre obsesivamente toda su literatura anterior.

En Nápoles escribió tres obras relevantes: *Filocolo* (h. 1336), adaptación de la historia medieval de Floris y Blancaflor; *Filostrato* (1338), poema adscrito al ciclo de la guerra de Troya; y el poema épico *La Teseida* (1339-1340). La quiebra del banco de los Bardi le obligó a volver a Florencia (1340), donde sufrió graves penurias económicas y problemas domésticos. Su situación no lo apartó de su quehacer literario, que, por el contrario, al parecer salió reforzado de esa experiencia, que le acercó al ambiente picaresco de mercaderes del que provenía su familia. En esos años compuso el idilio pastoril *Ameto*, *La amorosa visión*, *La elegía de doña Fiammetta*, escrita en prosa, y *Las ninfas de Fiésolo*, en el que recreó, con versos octosílabos, amores puros y nobles.

La peste que asoló Florencia en 1348 le inspiró la idea de *El decamerón*, que redactó entre ese año y el de 1353. La obra obtuvo un gran éxito, lo cual le valió, en adelante, ser promovido con frecuencia a cargos oficiales honoríficos. Desempeñó funciones de embajador, primero en Aviñón y luego en Roma. De esos años son *Poema bucólico*, conjunto de dieciséis églogas compuestas en latín e inspiradas en [Virgilio](#), y dos obras de signo totalmente opuesto: *Corbacho*, violenta sátira social y sexual, y *De las mujeres notables*, que contiene una larga serie de edificantes biografías femeninas.

En 1362, sin haber resuelto sus problemas financieros, se retiró a Certaldo, donde sufrió una crisis espiritual que lo llevó a renegar de *El decamerón* y a

volcarse en el estudio y en las prácticas piadosas. Tras ser ordenado sacerdote, pasó a ocupar el cargo de confesor en 1360.

El humanismo que caracteriza las obras de madurez de Boccaccio, dedicado a comentar la obra de [Dante](#) en la iglesia de San Stefano de Badia por encargo de la nobleza florentina y a confeccionar una erudita compilación de la mitología clásica, se anticipa en buena medida al pensamiento y a la cultura renacentistas. Ese giro humanístico y religioso guarda relación con la amistad que por esos años entabló con [Petrarca](#), cuya muerte, acaecida en octubre de 1374, lo sumió en una profunda tristeza.

Durante lo poco que le quedaba de vida, todos sus escritos serían un constante lamento por la pérdida del gran amigo y el abandono espiritual en que lo había dejado. Pero su legado literario más valioso, el que lo convierte en el fundador de la prosa italiana, son los cien cuentos que componen *El decamerón*, que dan cuenta de su visión a la vez cínica e indulgente de las flaquezas, los pecados y las corrupciones de los hombres de su época.

Micer Ciappelletto, con una falsa confesión, engaña a un santo fraile y muere; y, habiendo sido pésimo hombre en vida, es, muerto, reputado por santo y llamado san Ciappelletto.³

—**C**ONVENIENTE cosa es, queridísimas amigas, que en cualquier cosa que el hombre haga, por el santo y admirable nombre de Aquel que es hacedor de todo, le dé principio. Y, puesto que a lo que narremos, yo, como primero, daré comienzo, me prolongo empezar por una de las maravillosas cosas divinas, para que, cuando la oigáis, nuestra esperanza en Él como en cosa impenetrable se afirme y sea por siempre de nosotros loado su nombre.

Manifiesto es que todas las cosas temporales son mortales y transitorias, y que en sí mismas y fuera de sí hállanse llenas de enojos, angustias y fatigas, estando sujetas a infinitos peligros. Y por eso no podríamos los que vivimos mezclados en ellas y de ellas somos parte, en ellas perdurar ni sostenernos si especial gracia de Dios no nos prestase fuerza y perspicacia. No se ha de creer que tal gracia descienda sobre nosotros por mérito propio alguno, sino por la benignidad de Dios y por los ruegos de quienes, como nosotros, fueron mortales y, aunque siguieron sus placeres mientras vivieron, ahora con Él se han tornado eternos y bienaventurados. A ellos aludimos para que, como intercesores informados por experiencia de nuestra fragilidad, nos otorguen las cosas que consideramos oportunas (y si así hacemos es, acaso, por no sentirnos lo bastante audaces para dirigir nuestras plegarias al más alto Juez). Y acontece que como en Él, hacia nosotros lleno de piadosa liberalidad, no podemos con la penetración del ojo mortal escrutar en modo alguno el secreto de su divina mente, a veces, engañados por la opinión, hacemos intercesor ante su divina majestad a quien de ella, con eterno destierro, ha sido expulsado. Mas, no obstante, Él, para quien nada está oculto, mirando más a la pureza del que suplica que a su ignorancia o al exilio de aquél a quien se ruega, satisface a los impetrantes como si hubieran orado a un santo. Esto, manifiestamente, aparecerá en la narración que me propongo contaros; y al decir manifiestamente, no me refiero al juicio de Dios, sino al que los hombres siguen.

Cuéntase, pues, que habiendo Musciatto Franzesi, de grande y riquísimo mercader en Francia, pasado a ser caballero y debiendo encaminarse a Toscana con el hermano del rey

³ Jornada primera: Cada cual habla de lo que más le agrada.

francés, micer Carlo Sintierra (a quien mandó acudir el papa Bonifacio), entendió que estaban sus asuntos, como lo están las más veces los de los comerciantes, muy embrollados aquí y acullá sin que cupiese desenmarañarlos a la ligera ni prestamente, por lo que resolvió confiarlos a terceras personas. Para todo encontró recurso, y sólo andaba en duda de quién podría ser bastante hábil para rescatar ciertos créditos abiertos a unos borgoñones. Y la razón de su duda era que conocía que los borgoñones son gentes turbulentas, de mala condición y desleales; y no le venía a las mientes qué hombre pudiera haber tan malvado que lo pudiera, con alguna confianza, oponer a la perversidad de aquéllos. Y habiendo sobre este negocio pensado luengamente, acudióle a la memoria un tal micer Ciapperello de Prato, que mucho solía frecuentar su casa en París. Y por ser pequeño de su persona, y muy rechonchuelo, e ignorando los franceses lo que Ciapperello significaba, creían que Ciappello venía a querer decir, en su parla vulgar, guirnalda. Así, como él era pequeño, según decimos, no le llamaban Ciappello, sino Ciappelletto, y Ciappelletto le conocían todos, y muy pocos por mecer Ciapperello.

Era Ciappelletto de la siguiente condición: siendo notario, tenía a grandísima afrenta el que uno de sus documentos (por pocos que fueran) no fuese falso. De éstos hacía cuantos le encargasen, y de mejor grado, aunque los regalara, que los de la otra clase, por bien remunerados que fueren. Con sumo deleite levantaba falsos testimonios, requerido o no para ello; y como en aquellos tiempos se prestaba en Francia a los juramentos grandísima fe, él, que no se curaba de jurar en falso, malvadamente testimoniaba en cuantas ocasiones era llamado para decir sobre su fe la verdad. Sentía sumo placer, y se afanaba con fruición, en promover entre amigos, parientes y cualesquiera otras personas, males, enemistades y escándalos, recibiendo tanto mayor alborozo cuantos mayores daños veía seguidos de ello. Si le invitaban a un homicidio o a cualquier otra cosa punible, nunca se negaba, sino que de buen grado acudía; y muchas veces se mostró dispuesto a lesionar y matar hombres con sus propias manos. Era gran blasfemador de Dios y de los santos, y hacía lo por cualquier menudencia, porque era iracundo como nadie. No frecuentaba la iglesia jamás, y escarnecía, como cosa vil, todos los sacramentos con abominables palabras, mientras, por contrario, visitaba y usaba con gusto las tabernas y lugares deshonestos. Alejábase de las mujeres como los perros de las estacas, y deleitábase en lo opuesto como ningún otro desgraciado de su jaez. Habría engañado y robado con la conciencia tan tranquila como la de un santo varón. Era hombre de mucha gula y gran bebedor, al punto de a veces perjudicarse con ello, y rayaba en solemne jugador y utilizador de dados trucados. Pero ¿a qué me extiende en tantas palabras? Era, y basta, el peor hombre de los nacidos. Sostuvieron largo tiempo su malicia el poder y predicamiento de micer Musciatto, merced al cual fue respetado muchas veces por personas privadas a quienes muy a menudo

hacía perjuicio, y por la Corte, a la que lo hacía siempre. Habiendo, pues, venido este micer Ciapperello a la memoria de micer Musciatto, que conocía su vida perfectamente, pensó el dicho micer Musciatto que debía ser Ciapperello el hombre que la maldad de los borgoñones requería. Y, haciéndole llamar, díjole así:

—Tú sabes, micer Ciappelletto, que voy a marchar de aquí para siempre; y teniendo que entenderme, entre otros, con unos borgoñones, hombres llenos de engaños, no sé a quién pueda, mejor que a ti, encargarte de rescatar lo mío. Y por ello, como tú ahora nada tienes que hacer, si quieres atender a esto, me propongo procurarte el favor de la Corte y darte, de lo que recobres, la parte que conveniente sea.

Micer Ciappelletto, que se hallaba asendereado y maltratado por las cosas del mundo, y veía marchársele a quien había sido durante largo tiempo su sostén y amparo, sin vacilación alguna, y obligado por la necesidad, respondió que aceptaba de buen grado. Y así, ya convenidos los dos, y habiendo recibido de micer Ciappelletto poder notarial y cartas de recomendación del rey, fuese, luego de partir micer Musciatto, a Borgoña, donde casi nadie le conocía; y allí, saliéndose de su naturaleza, benigna y mansamente comenzó a tratar de cobrar y hacer aquello para lo que le mandaban, como si reservase el airearse para mejor ocasión. Y ocurrió que, mientras así procedía, alojándose en casa de dos hermanos florentinos que prestaban con usura y que por amor de micer Musciatto le honraban mucho, vino a enfermar. Los dos hermanos hicieron prestamente acudir médicos y criados que le sirvieran con toda cosa oportuna para que recuperase la salud. Pero todo socorro era nulo, por lo que el buen hombre, que ya era viejo y había, según los médicos, vivido desordenadamente, iba de día en día de mal en peor, como quien adolecía de mal de muerte, lo que desolaba a los dos hermanos. Y un día, estando junto a la cámara en que yacía enfermo micer Ciappelletto, comenzaron ambos a razonar entre sí, y el uno decía al otro:

—¿Qué haremos con este hombre? Con él, mal partido corremos, porque si le echásemos de casa estando tan enfermo, sería signo manifiesto de poco sentido y nos atraería gran reprobación, al ver la gente que le habíamos acogido antes y luego medicarle solícitamente, para ahora, sin haber él originado cosa alguna que nos desplazca, mandarlo repentinamente fuera de casa estando enfermo de muerte. Por lo demás, es y ha sido tan mal hombre, que no querrá confesarse ni recibir de la Iglesia sacramento alguno, y al morir sin confesión, ningún templo lo querrá recibir y le tirarán a los fosos, como a un perro. Y, aun cuando se confesare, sus pecados son tantos y tan horribles que, no habiéndolos pareados, ningún fraile ni cura querrá ni podrá absolverle, por lo que, al no ser absuelto, también será tirado a los fosos. Y, si ello ocurre, el pueblo de esta tierra (que nos mira con saña, por nuestro oficio, que muy inicuo

les parece, llevándolos a hablar mal de nosotros de continuo), por deseo de robamos se levantará, clamando: «No debemos seguir soportando a esos perros de lombardos, a los que la Iglesia no quiere recibir». Y correrán a nuestras casas y nos quitarán nuestras haciendas, y acaso, además, cierren contra nuestras personas. Conque de cualquier guisa estamos mal, si éste muere.

Micer Ciappelletto, que, como decimos, yacía cerca del lugar donde los otros dialogaban, y que tenía agudo el oído como suele acaecerles a los enfermos, percibió lo que los dos hermanos decían. Y esto le hizo llamarlos y hablarles así:

—No quiero que por mí estéis suspensos, ni temáis recibir por mi culpa daño alguno... He oído lo que razonabais y certísimo estoy de que pasaría lo que decís si las cosas ocurriesen como suponéis; mas acontecerán de otro modo. Tantas ofensas he hecho en vida a Dios Nuestro Señor, que poco importa hacerle una más. Mandad, pues, venir un fraile tan santo y de pro como podáis, si es que de éstos hay alguno, y dejadme hacer, que en verdad atenderé a vuestros asuntos y a los míos de manera que marchen bien y os dejen contentos.

Los dos hermanos, aunque sin mucha esperanza, fueron, no obstante, a una orden religiosa y pidieron un fraile sabio y bueno que acudiese a confesar a un lombardo que en su casa estaba muy enfermo. Y dióseles un fraile provecto, de santa y buena vida, y por muy docto en la Escritura, y hombre muy venerable, a quien todos los ciudadanos tenían grandísima y especial devoción: y él fue con ellos.

Llegado el fraile a la estancia donde micer Ciappelletto yacía, sentóse a su lado y primero le confortó ligeramente y después le preguntó cuánto tiempo hacía que no confesaba. A lo que micer Ciappelletto, que no se había confesado jamás, respondió:

—Padre mío, es mi costumbre confesarme cada semana al menos una vez, aparte de que muchas me confieso más. Verdad es que desde que enfermé, que hace ocho días, no me he confesado: que tan grande ha sido el fastidio que me ha dado la dolencia.

Dijo entonces el fraile:

—Hijo mío, bien has hecho y como se debe; y pues tan a menudo te confiesas, poco trabajo me dará oírte o preguntarte.

Dijo micer Ciappelletto:

—No digáis eso, señor fraile. Nunca me he confesado tanto ni con tal frecuencia, que no haya siempre querido confesarme de todos los pecados que recuerdo desde que nací hasta mi última confesión. Y por eso os ruego, buen padre mío, que sobre todas las cosas puntualmente me preguntéis, como si nunca hubiera yo confesado; y no tengáis miramientos a mi enfermedad, que mucho más prefiero desagradar a mis carnes que, dejándoles blandura, incurrir en cosa que pudiera ocasionar la perdición de mi alma, que mi Salvador rescató con su preciosa sangre.

Mucho agradaron estas palabras al santo varón, pareciéndole discursos de una muy bien dispuesta mente. Y, después de elogiar mucho a micer Ciappelletto su costumbre, le empezó a preguntar si había alguna vez pecado, con lujuria, con alguna mujer. A lo que micer Ciappelletto respondió, suspirando:

—Por ese lado, padre mío, me avergüenza decir la verdad, por temor a pecar por vanagloria.

Dijo a esto el santo fraile:

—Di con tranquilidad, que por la verdad decir, ni en confesión ni en nada se ha pecado nunca.

Dijo entonces micer Ciappelletto:

—Puesto que me aseguráis así, os diré que tan virgen estoy como salí del cuerpo de mi madre.

—¡Bendito de Dios seas —dijo el fraile—, y qué bien que has hecho! Y tanto más mérito tienes al obrar así cuanto que, de querer, tenías más albedrío de hacer lo contrario que nosotros y que otros que bajo alguna regla viven sujetos.

Y luego preguntóle si había disgustado a Dios con el pecado de la gula. A lo cual, suspirando con fuerza, micer Ciappelletto respondió que sí, y muchas veces; porque, pese a que él, a más del ayuno que en Cuaresma hacen todos los años las personas devotas, solía ayunar al menos tres veces a la semana a pan y agua, bebía el agua con tal deleite y apetito, especialmente cuando había soportado alguna fatiga, o adorado, o ido de peregrinación, como los bebedores hacen con el vino. Y a veces había deseado comer ensaladilla de hortalizas como las mujeres cuando van a la villa, y otras le parecía que había comido con más avidez de la que conviene a los que ayunan por devoción, como él. A lo que dijo el fraile:

—Esos pecados, hijo mío, naturales y harto veniales son, y no quiero que por ellos te cargues la conciencia más de lo que es menester. A cualquier hombre, por santo que sea, le parece, tras largo ayuno, bueno el yantar, y después del cansancio el beber.

—Padre mío —dijo micer Ciappelletto—, no me habléis así para consolarme, que bien sabéis que sé que las cosas que al servicio de Dios se hacen deben hacerse limpiamente, y sin mácula alguna del ánimo, sin lo cual se peca.

El fraile, muy contento, dijo:

—Mucho me place que así te fortalezcas el ánimo y agrádame sobremanera la pura y buena conciencia que en esto tienes. Pero dime: ¿has pecado por avaricia, deseando más de lo que conviene o teniendo lo que deber no tenías?

A lo que replicó micer Ciappelletto:

—No quisiera, padre mío, que así pensaseis viéndome en casa de estos usureros. Nada tengo que hacer aquí, y aun había venido para amonestarlos y castigarlos y retirarlos de esta abominable ganancia. Y creo que lo hubiera conseguido si Dios no me hubiese visitado. Pero habéis de saber que mi padre me dejó rico y que, cuando él murió, dediqué la mayor parte a Dios y después, para poder sustentar mi vida y ayudar a los pobres de Cristo, he hecho algunos pequeños tráficos, y siempre en ellos he deseado ganar y con los pobres de Dios he partido lo ganado, dándoles una mitad y consumiendo en mis necesidades la otra. Y tanto me ha ayudado mi Criador, que mis asuntos han ido de bien en mejor siempre.

—Bien hiciste —dijo el fraile—. ¿Y has solido encolerizarte muy a menudo?

—¡Oh! —repuso micer Ciappelletto—. Os digo que muy a menudo he hecho lo que habláis. ¿Y quién podría contenerse, viendo a los hombres hacer cosas a tuertas, no observar los mandamientos de Dios y no temer sus juicios? Muchas veces al día hubiese preferido estar muerto a vivo al ver los jóvenes andar detrás de las vanidades, y viéndolos jurar y perjurar, e ir a las tabernas, y no visitar las iglesias, y preferir los caminos del mundo a los de Dios.

A esto dijo el fraile:

—Hijo mío, buena ira es ésa, y no seré yo quien te imponga penitencia por ella. Pero ¿quizá la cólera te habría podido impeler a cometer algún homicidio, o a decir ofensas a alguien, o a cumplir cualquier otra injuria?

A lo que micer Ciappelletto respondió:

—¡Oh, señor! Vos, que me parecéis hombre de Dios, ¿cómo podéis decir semejantes palabras? Si yo hubiese tenido el más leve pensamiento de hacer alguna de las cosas de que me habláis, ¿creéis que yo imaginaría que Dios me hubiera valido tanto tiempo? Cosas son éstas propias de ruines y malvados, a los cuales, siempre que he visto alguno, he dicho: Vete y que Dios te convierta.

Dijo el fraile a esta sazón:

—Ahora dime, hijo mío, a quien Dios bendiga: ¿has, alguna vez, levantado falso testimonio contra alguno, o hablado mal del prójimo, o tomado cosas sin el asenso de los que las poseían?

—Sí, he hablado mal del prójimo —repuso micer Ciappelletto—. Porque yo tenía un vecino que, contra toda razón, no hacía más que apalear a su mujer; así que una vez hablé mal de él a los parientes de la pobrecilla, porque me inspiraba gran compasión que aquel hombre, siempre que bebía demasiado, la trataba como Dios sabe.

Manifestó entonces el fraile:

—Me has contado que fuiste mercader. ¿Engañaste alguna vez a alguien, como suelen los mercaderes?

—A fe que sí —dijo micer Ciappelletto—. Pero no lo sabía, porque cierta vez, habiéndome uno traído dinero que me debía por unos paños que le había vendido, yo puse las monedas en una caja, sin contarlas, y de allí a un mes encontré que había cuatro dineros pequeños de más. Y, no viendo más al hombre, y habiéndolos reservado un año para devolvérselos, dílos por amor de Dios.

—Poca cosa fue y bien hiciste al obrar así.

Y luego el fraile preguntó mucho más, a todo lo cual repuso el penitente de análogo modo. Y, yendo ya a recibir la absolución, dijo micer Ciappelletto:

—Aún tengo, señor, un pecado que no he dicho.

Preguntó el fraile cuál, y él contestó:

—Recuerdo que un sábado, después de la hora nona, mandé a un criado mío barrer la casa, no teniendo al santo domingo la debida reverencia.

—Leve cosa es ésa, hijo mío —dijo el fraile.

—No digáis leve —replicó micer Ciappelletto—, que el domingo merece mucha honra, ya que ese día resucitó nuestro Salvador.

Preguntó entonces el fraile:

—¿Qué más has hecho?

—Un día —dijo micer Ciappelletto—, sin darme reparar, escupí en la iglesia de Dios.

El fraile comenzó a sonreír y dijo:

—No te cures de eso, hijo mío; que nosotros, los religiosos, todos los días escupimos allí.

—Pues cometéis gran desmán, que nada debe estar tan limpio como el santo templo, donde se rinde sacrificio a Dios.

Para resumir, dijo mucho sobre cosas semejantes, y al cabo principió a suspirar y a llorar a caño tendido, como sabía hacerlo cuando quería.

Dijo el santo fraile:

—¿Qué tienes, hijo?

Micer Ciappelletto respondió:

—¡Ay, señor, he omitido un pecado del que nunca me confesé porque me daba gran vergüenza! Y siempre que lo recuerdo lloro como veis y tengo para mí que nunca Dios tendrá misericordia de mí por ese pecado.

A esto el santo fraile dijo:

—¿Qué hablas, hijo? Si todos los pecados cometidos y por cometer en el mundo se juntaran en un hombre solo, y éste sintiera el arrepentimiento y la contrición que veo en ti, tanta es la misericordia y benignidad de Dios, que, confesándolos, te perdonaría. Habla, pues, con tranquilidad.

Micer Ciappelletto, sin dejar de sollozar a lágrima viva, adujo:

—¡Ay, padre, que es gran pecado ese mío, y apenas puedo creer que, si vuestras plegarias no me ayudan, sea yo nunca perdonado por Dios!

A lo que dijo el fraile:

—Habla con seguridad, que yo te prometo rogar por ti.

Micer Ciappelletto todavía lloraba y callaba, y el fraile seguía animándole a explicarse. Y después de que micer Ciappelletto, llorando, tuvo al fraile en suspensión un gran trecho, exhaló un gran suspiro y dijo:

—Pues que vos, padre mío, prometéis orar a Dios por mí, os lo diré. Sabed que, siendo pequeño, una vez renegué de mi madre.

Y, tras hablar, tornó a llorar con vehemencia. El fraile dijo:

—¿Tan grande, hijo mío, te parece ese pecado? Los hombres renegamos diariamente de Dios, y si Él perdona de buen grado a quien de Él reniega, ¿creerás que no te perdonará eso otro? No llores y consuélate, que en verdad que hasta si fueses uno de los que a Dios crucificaron. Él te perdonaría por la contrición que en ti veo.

Dijo entonces micer Ciappelletto:

—¿Qué decís, padre mío? Muy mal hice y muy gran pecado fue renegar de mi dulce madre, que me llevó en su cuerpo nueve meses día y noche, y si vos no rogáis a Dios por mí, no seré perdonado.

Advirtiéndole el fraile que nada le quedaba que contar a micer Ciappelletto, procedió a absolverle y diole su bendición, teniéndole por hombre santísimo, ya que creía a pie juntillas cuanto el penitente le había explicado. ¿Y quién no lo creería viendo a un hombre en trance de muerte hablar así? Y, tras todo esto, le dijo:

—Micer Ciappelletto: con ayuda de Dios pronto estaréis sano, mas si aconteciese que Dios llamase a sí a vuestra bendita y bien dispuesta ánima, ¿os complacería que vuestro cuerpo fuese sepultado en nuestro convento?

—Sí, señor, y aun no quisiera que me enterrasen en otro lugar, ya que me habéis prometido orar a Dios por mí; y eso sin contar con que siempre he tenido especial devoción a

vuestra Orden. Y os ruego que, cuando en vuestro monasterio estéis, hagáis que se me envíe el verdadero Cuerpo de Cristo, el cual todas las mañanas en el altar consagráis, porque yo, aunque indigno, me propongo recibirlo, para poder, con la última y santa unción, aunque he vivido como pecador, morir como cristiano.

Dijo el santo hombre que ello le complacía mucho y que micer Ciappelletto hablaba bien, y que haría que le llevasen lo pedido. Y así fue.

Los dos hermanos, que temían mucho que Ciappelletto les engañase, se habían apostado junto a una mampara que separaba la cámara de micer Ciappelletto de otra, y escuchando, oían y entendían lo que Ciappelletto decía al fraile. Y, escuchando las cosas que confesaban haber hecho, a veces casi estallaban de risa y de cuando en cuando se decían; «¿Qué hombre es éste? Ni vejez, ni enfermedad, ni miedo a la muerte de la que se ve cercano, ni a Dios ante cuyo juicio espera estar de aquí a poco, han podido apartarle de su maldad, ni hacerle desear no morir como ha vivido». Pero, habiendo oído que sería sepultado en la iglesia, de nada más se preocuparon.

A corto espacio, micer Ciappelletto comulgó y, empeorando desmedidamente, recibió la extremaunción, y a poco del crepúsculo del mismo día en que se confesara, murió. Por lo cual los dos hermanos ordenaron todo lo oportuno para que fuese honrosamente sepultado como él mismo había dispuesto y avisaron a los frailes para que vinieran por la noche a velarlo, según la usanza, y por la mañana a buscar el cadáver.

El santo fraile que le había confesado, al saber que había fallecido, buscó al prior del monasterio y, habiéndose tocado a capítulo, explicó a los frailes congregados que micer Ciappelletto había sido hombre santo, a juzgar por la confesión que había hecho. Y, esperando que Dios Nuestro Señor hiciese por su intercesión muchos milagros, persuadióles de que se recibiese al difunto con gran reverencia y devoción. El prior y los demás crédulos frailes consintieron. Y a la noche, yendo todos adonde yacía el cuerpo de micer Ciappelletto, veláronle con grande solemnidad; y a la mañana, con sobrepellices y capas pluviales, en la mano los santos libros y la cruz alzada, entre mucho festejo y solemnidad, lleváronle a su iglesia, seguido por casi todo el pueblo de la ciudad, tanto hombres como mujeres. Y estando el cadáver en la iglesia, el santo fraile que le había confesado subió al púlpito y se extendió sobre la vida de micer Ciappelletto, y sus ayunos, y su virginidad, y su inocencia y sencillez, predicando admirables cosas. Y entre otras narró lo que micer Ciappelletto, llorando, le había confesado ser su mayor pecado, y el trabajo que a él le había costado ponerle en la cabeza la verdad de que Dios le perdonaría. Y tras esto volvióse a la gente que escuchaba y la reprendió, diciendo:

—Vosotros, en cambio, malditos de Dios, en cuanto tropezáis con un haz de paja, blasfemáis de Dios y de su Madre, y de toda la corte celestial.

Y, sobre esto, dijo otras muchas cosas de la lealtad y pureza del difunto y, en resolución, sus palabras, a las que las gentes de la comarca daban entera fe, de tal modo influyeron en las mentes y la devoción de los presentes, que, concluso el oficio, todos, con la mayor reverencia, fueron a besar los pies y la mano del muerto, y sus vestiduras le fueron arrancadas, considerándose dichoso quien poseía un jirón de ellas. Y todo el día hubo de estar expuesto, para que de todos fuese visto y visitado. Y a la noche sepultáronle con honor, dentro de una urna de mármol, en una capilla, y a partir del siguiente día comenzaron las gentes a acudir, y a encenderle luces, y a reverenciarlo, y a hacerle votos, y a llevarle imágenes de cera, según las promesas formuladas. Y tanto creció la fama de su santidad y la devoción que se le profesaba, que cuando alguien estaba en una adversidad, no recurría a otro santo que a él, y llamáronle, y aún lo llaman, san Ciappelletto; y afirmase que Dios hizo por su intercesión muchos milagros y aún los hace a quien devotamente se encomienda a él.

Así vivió y murió micer Ciappelletto de Prato, y así llegó a santo, como habéis oído. Y no quiero negar la posibilidad de que sea bienaventurado y goce de la presencia de Dios, porque por malvada y depravada que fuese su vida, pudo, en el último instante de ella, sentir tal contrición que Dios tuviera misericordia de él y le acogiese en su reino. Mas, estándonos eso oculto, y según aquello que parece de razón, digo que el difunto, antes debe estar en la perdición y en manos del diablo, que en el paraíso. Y, siendo así, grandísima resalta la benignidad de Dios hacia nosotros, benignidad que, no mirando a nuestro error sino a la pureza de la fe, convierte en mediador nuestro a un enemigo suyo, dándolo por amigo y por él favoreciéndonos si por su intercesor al recurrir a su gracia le tomamos. Y por esto y ya que nosotros, por su gracia en la presente adversidad, nos conservamos sanos y salvos en tal agradable compañía y loando su santo nombre en el cual la iniciamos, digo que tengámosle en reverencia, y en nuestras necesidades le impetremos, bien seguros de ser oídos.

Y aquí Pánfilo calló.

Bernabé de Génova, engañado por Ambrosuelo, manda matar a su inocente esposa. Ella se salva y, con ropas de hombre, sirve al sultán. Halla al engañador, lleva a Bernabé a Alejandría y, castigando al culpable, recobra sus ropas femeninas y con su marido torna, muy rica, a Génova⁴

HABIENDO Elisa cumplido su deber mediante su patética historia, la reina Filomena, que era bella y de corpulenta persona, y más placentera y risueña que ninguna, se incorporó y dijo:

—Mantenerse debe lo prometido a Dioneo, y pues sólo faltamos por narrar él y yo, yo contaré primero y a él dejaremos para el último.

Y, esto dicho, comenzó así:

—Con frecuencia suele la gente común decir ese proverbio de que el engañador suele acabar resultando engañado, cosa que no me parecería fácil de probar con razones si no lo mostrasen los hechos. Y deseando, queridísimas, demostrar su veracidad, me ha venido a las mientes al acreditároslo para que, oyéndome, os sepáis guardar de los engañadores.

Había en una posada de París varios importantes mercaderes italianos, idos unos por una cosa y otros por otra, como es costumbre de ellos; y habiendo una noche cenado alegremente todos juntos, comenzaron a platicar de diversas cuestiones, y pasando de un razonamiento a otro, acabaron hablando de sus mujeres, a las que en sus casas habían dejado, y uno, bromeando, principió a decir:

—Yo no sé lo que hará mi esposa, pero sí puedo afirmar que, cuando alguna moza me place y me viene a las manos, de lado doy al amor que a mi mujer profeso, y tomo de la otra el placer que puedo.

Otro respondió:

—Y yo hago semejantemente, por lo que creo que también mi mujer irá a lo suyo, e igual hará, y, si no lo creo, lo hará también, y aun entiendo que debe hacerse así: que donde las dan las toman.

⁴ Jornada segunda: Se habla de aquellas personas que, abrumadas por diversos infortunios, consiguen llegar a dichoso término.

El tercero casi lo mismo opinó, y, en resumen, todos los presentes parecían concordar en creer que sus mujeres, dejadas solas, no perderían el tiempo. Sólo uno, llamado Bernabé Lomellin, de Génova, dijo lo contrario, afirmando que, por especial gracia de Dios, tenía una mujer más cumplida en virtudes que cualquier otra, y aun que cualquier caballero o doncel, tanto de Italia como de fuera de ella. Y añadió que era bella de cuerpo, y todavía bastante joven, y diestra, y atractiva, y capaz de hacer mejor que otra mujer alguna las labores de su sexo, como trabajar la seda y cosas semejantes. Amén de lo cual, no había escudero o sirviente alguno que mejor atendiese la mesa de un señor, ya que era hembra cortés, discreta y prudente en demasía. Y aun encomió su habilidad en montar a caballo, llevar un azor en la mano, y leer, escribir y razonar mejor que ningún comerciante. Y, tras otras muchas loas, llegó a aquello de que se discurría y afirmó bajo juramento que no existía mujer más honesta y casta, por lo que si él permaneciera ausente de su casa diez y más años, ella no se entendería con hombre alguno.

Había entre los mercaderes que allí razonaban un joven llamado Ambrosuelo de Piacenza, que al oír las últimas alabanzas de Bernabé rompió en desaforadas risas y preguntóle, por chanza, si el emperador le había concedido acaso aquel privilegio. Bernabé, un tanto mohíno, dijo que no le había concedido el emperador tal gracia, sino Dios, que mucho más que el emperador podía.

Y dijo Ambrosuelo:

—No dudo, Bernabé, de que creas decir verdad, pero me parece que has mirado poco la naturaleza de las cosas, porque, de hacerlo, no te creo de tan basto ingenio que no hayas conocido hechos capaces de llevarte a hablar con más moderación. Y para que no pienses que nosotros, que de nuestras mujeres hemos tan largamente hablado así, imaginamos tener esposas diversamente conformadas que la tuya, sino que por natural entendimiento hemos dicho lo que dijimos, quiero contigo razonar algún trecho esta materia. Siempre he entendido que figura el hombre entre los más nobles mortales creados por Dios, y semejantemente la mujer, pero el hombre, según ordinariamente se cree y por obras se ve, es más perfecto y, teniendo más perfección, menester es que tenga mayor firmeza, como en realidad ocurre, ya que universalmente las mujeres son más veleidosas, lo que se podría por muchas razones naturales demostrar, aunque prefiero por ahora dejarlas. Si, teniendo el hombre mayor firmeza, no sabe, empero, resistir a una mujer que le solicite, y aun meramente que le plazca y a la que desee, y si hace con ella lo que puede, sin que esto ocurra una vez al mes, sino mil al día, ¿cómo esperas tú que la mujer, naturalmente más tornadiza, acierte a resistir a ruegos, lisonjas y dádivas y otros mil recursos que puede usar un hombre discreto si la ama? ¿Crees que resistirá? En verdad que, aunque otra cosa afirmes, no creo que tú lo creas. Di, pues, por ti mismo, que tu esposa es mujer y de carne y hueso como las demás. Y, debiendo sus deseos ser los mismos, y teniendo las mismas fuerzas que las otras cuando se trate de resistir naturales apetitos, es posible que, por muy honesta que sea, haga las cosas que las demás hacen; y no hay cosa más difícil de negar y contrariar, sobre todo tan ásperamente como tú lo haces.

A lo que Bernabé repuso diciendo:

—Yo soy mercader y no filósofo, y como mercader replicaré; y digo que conozco que lo que tú hablas puede ocurrirle a las necias, que no tienen vergüenza alguna, pero las discretas tienen en tal estima su honor, que se tornan más fuertes que los hombres cuando se trata de conservarlo, de lo que los hombres no se curan; y mi mujer es de éstas.

Dijo Ambrosuelo:

—En verdad que si por cada vez que a ellas les pasan las cosas que digo, les naciese un cuerno en la frente, dando testimonio de sus hechos, creo que pocas pecarían, pero como el cuerno no nace, les parece a las discretas y no gazmoñas que la vergüenza y daño del honor sólo consiste en lo ostensible, y cuando ocultamente pueden obrar, obran o se dejan hacer. Y ten esto por cierto: que no hay otra mujer casta que la que nunca fue suplicada o, si ella suplicó, fue desatendida. Y aunque yo conozca que ello debe ser así por naturales y verídicas razones, no hablaría con tanta certeza como lo hago si no lo hubiera probado con muchas mujeres y muchas veces; y tan es así que creo que, si al lado estuviese de tu santísima mujer, en breve espacio podría lograr de ella lo que de otras he logrado.

Bernabé, turbado, dijo:

—El razonar con palabras podría extenderse mucho. Tú hablarías y yo también, y no llegaríamos a nada. Pero, pues que dices que todas son tan acomodaticias y tu ingenio tanto, y pues que me hallo seguro de la honestidad de mi mujer, dispuesto estoy a que me corten la cabeza si tú consigues a tal acto inducirla; y si no puedes, me contento con que pierdas mil florines de oro.

Ambrosuelo, ya excitado, repuso:

—No sé, Bernabé, qué podría hacer yo con tu sangre si venciese, pero si quieres poner a prueba mis razones, apuesta cinco mil florines de oro, que siempre estimarás menos que tu cabeza, contra los mil míos, y, aunque tú ningún término pones, yo me obligo a ir a Génova y dentro de tres meses desde que me parta de aquí, haré que tu mujer cumpla mi voluntad, dándote de sus cosas más íntimas tantos hechos e indicios que tú mismo confesarás que verdad te hablo; otrosí de lo cual, debes prometerme, por tu fe, no ir a Génova ni escribir a tu mujer nada sobre el asunto.

Bernabé dijo que le placía, y aunque los demás trataron de estorbar el pacto, conociendo que de él podía dimanar un gran mal, los dos se habían caldeado tanto, que, además de poner por testigos a los presentes, se obligaron con sus firmas a lo tratado. Y, aceptada la obligación, quedóse allá Bernabé, y Ambrosuelo, tan pronto como pudo, marchó a Génova. Estuvo allí algunos días y con mucha cautela informóse del nombre de la calle y de las costumbres de la mujer, y vino a saber que era cierto, con creces, lo que oyó a Bernabé, por lo que le pareció haber entrado en necia empresa. Pero, entrando en pactos con una pobre mujer muy estimada de la esposa del comerciante y que frecuentaba su casa, la corrompió con dineros y merced a ella pudo penetrar, no ya en la morada, sino en la alcoba de la señora, dentro de una caja hecha a propósito. Y la mujer, por orden de Ambrosio, como si hubiese de ir a alguna parte,

pidió que guardasen la caja por algunos días. Quedó la caja en la alcoba y, llegada la noche, cuando Ambrosuelo pensó que la señora dormía, abrió quedamente la tapa con oportunos artificios y se encontró en el aposento, donde ardía una luz. Gracias a ella comenzó a mirar y fijar en su memoria las pinturas de los muros y demás cosas notorias. Acercóse después al lecho y vio que la mujer y una muchachita que con ella estaba dormían profundamente y, alzándole las ropas, vio que era tan bella desnuda como vestida, pero sin otro signo de reconocimiento que, debajo del pecho izquierdo, un lunarillo circundado de unos pelitos rubios como el oro. Y, esto visto, cuidadosamente la volvió a tapar, aunque, advirtiéndola tan bella, sintiera el deseo de exponer la vida acostándose a su lado. Mas, como había oído decir que la dama era tan rigurosa en esos respectos, no se arriesgó. Y, andando por la alcoba a su albedrío la mayor parte de la noche, sacó de un mueble una bolsa, un ceñidor, una bata y unos anillos, y todo lo guardó en su caja, donde volvió a entrar, cerrándola como antes.

Dos noches hizo lo mismo, sin que la mujer reparase en nada. Y al tercer día, según la orden dada, la otra buena mujer vino a recoger su caja y se la llevó. Salió Ambrosuelo, contentó a la mujer con lo prometido y tan pronto como pudo, antes de que expirase el término convenido, volvió a París con los objetos logrados. Llamó a los mercaderes que estuvieran presentes a la plática y empeño, y ante Bernabé dijo haber ganado la apuesta, según de antemano lo anunció, y para probar esta verdad describió primero cómo era la estancia de la mujer, y sus pinturas, y luego mostró las preseas que llevaba, asegurando que de ella las había recibido.

Confesó Bernabé que era la cámara tal como decía y reconoció las prendas como de su esposa, pero alegó que podía Ambrosuelo haberse informado de la disposición de la estancia por algunos servidores de la casa, y de manera semejante haber obtenido lo que exhibía, por lo que, si más no le decía, no juzgaba que se debiera dar por ganada la apuesta. Mas Ambrosuelo repuso:

—En verdad que esto debiera bastar, pero, pues tú quieres que más diga, lo diré. Y te digo que madama Ginebra, tu mujer, tiene bajo el seno izquierdo un lunarillo bastante grande, rodeado por seis pelitos rubios como el oro.

Oyendo esto Bernabé, parecióle sentir una cuchillada en el corazón y, todo dolorido y con el rostro demudado, aunque nada dijo, evidenció con su aspecto la verdad de lo que Ambrosuelo aseveraba, y pasado un espacio declaró:

—Señores, es verdad lo que Ambrosuelo dice, por lo cual, habiendo ganado, puede cuando quiera venir a cobrar.

Y al siguiente día fue Ambrosuelo íntegramente pagado, y Bernabé, partiendo de París, a Génova marchó con sañudo ánimo contra la hembra. Al acercarse a la ciudad, no quiso entrar en ella, sino que quedó en una de sus posesiones, que distaba de allá unas veinte millas, y a un criado suyo de gran confianza mandóle a Génova con cartas y dos caballos, escribiendo a su mujer que, pues él había tornado, ella debía ir a reunírsele. Y dijo secretamente a su criado

que, cuando estuviesen en lugar que propicio le pareciese, sin misericordia alguna matase a la mujer.

El criado llegó a Génova, cumplió su embajada, dio las cartas y fue con gran alegría por la mujer recibido. Y a la mañana siguiente, montando a caballo, pusiéronse en camino y, mientras cabalgaban platicando de cosas diversas, llegaron a un vallecillo profundo y solitario, muy copioso en grutas y árboles; y pareciéndole al doméstico que era el lugar idóneo para ejecutar el mandato de su señor, tiró del cuchillo y, asiendo por el brazo a la mujer, le dijo:

—Señora, encomendad vuestra alma a Dios porque no debéis pasar más adelante, sino morir aquí.

La mujer, espantada al ver el cuchillo y oír las palabras, repuso:

—¡Clemencia, por Dios! Antes de matarme dime en qué te he ofendido para que me mates.

—Señora —dijo el sirviente—, no me habéis ofendido en nada, ni sé en qué habréis ofendido a vuestro esposo, pero él me ordenó que, sin compadecerme de vos, os matase en este camino, amenazándome, si no, con hacerme ahorcar. Bien sabéis cuan adicto le soy y que no puedo negarme a cosa que me imponga, y bien sabe Dios que esto me da pena, pero no puedo hacer cosa distinta.

La mujer, llorando, dijo a eso:

—¡Piedad, por Dios, y no te hagas homicida de quien no te ofendió, por servir a terceros! Dios, conocedor de todo, sabe que yo nada he hecho a mi marido que autorice a aplicarme este trato. Pero, dejando eso, sabe que puedes complacer a Dios, a tu señor y a mí de esta manera: toma mis ropas y déjame solamente un jubón y una capucha. Vete a tu señor y mío y dile que me has matado; y yo te juro por la salvación que me has dado, que me iré a parte donde ni a él, ni a ti, ni a nadie del país llegue nueva mía alguna.

El doméstico, que iba a matarla muy mal de su agrado, sintió alguna piedad y así, tomándole sus ropas y dándole un jubonzuelo y un capucho suyos, le dejó algún dinero que ella llevaba y, rogándole que se alejase de la comarca, la abandonó en el vallecillo y fue a su señor y le dijo que había cumplido su encargo, dejando el cadáver entregado a los lobos.

Pasado algún tiempo, Bernabé volvió a Génova y, trasluciéndose lo acontecido, fue por ello muy censurado. Y la mujer, sola y desconsolada, cuando llegó la noche, lo mejor disfrazada que pudo se encaminó a una aldehuela vecina y allí, auxiliada por una vieja a la que le dijo lo que había de menester, mandó recomponer el jubón a su medida y con la camisa hízose unas calzas y, cortándose el pelo y vestida a guisa de marinero, hacia el mar se fue.

Halló allí un gentilhombre catalán, cuyo nombre era En Cararch, el cual, desembarcando de su nave que estaba cerca, había pasado a tierra en Alba para refrigerar en una fuente. Trabajó plática con él y con él se acomodó de criado, bajo el nombre de Sicurano de Finale. Allí,

ya mejor vestido gracias al caballero, comenzó a servir tan bien y escrupulosamente, que le hizo granjearse mucho aprecio. De allí a poco aquel catalán llegó con un cargamento a Alejandría y ofreció al sultán algunos aleones peregrinos. El sultán, convidándole una vez a comer y viendo la solicitud con que Sicurano le servía, se lo pidió al catalán, que, aunque a disgusto, cedióle su sirviente.

En poco tiempo Sicurano conquistó el afecto del sultán como con el catalán le ocurriera. Y, debiendo de allí a cierto término establecerse en Acre una gran reunión de mercaderes cristianos y sarracenos, a guisa de feria, tenía el sultán por costumbre, para que nada a mercaderes ni mercancías sucediese, el enviar, además de sus otros oficiales, algunos hombres principales con gente de su guardia. Y para ello, al llegar la ocasión, pensó en Sicurano, que ya sabía bien la lengua y le designó. Fue, pues, Sicurano a Acre como capitán y señor de la guardia de mercaderes y mercancías y atendió bien y solícitamente a su oficio, y andaba hablando con muchos comerciantes sicilianos, pisanos, venecianos, genoveses y otros italianos, con los que voluntariamente departía por añoranza de su país.

Y un día, habiéndose apeado en una cantina de mercaderes venecianos, vio entre otras presea una bolsa y un ceñidor que reconoció por suyos, no sin maravilla. Pero, sin hacer demostración alguna, preguntó de quién eran y si se vendían. Había llegado allí Ambrosuelo de Piacenza, con muchas mercaderías, en una nave de venecianos; y, oyendo lo que preguntaba el capitán de la guardia, adelantóse y dijo riendo:

—Señor, las cosas son mías y no las vendo, pero, si os agradan, os las donaré.

Viendo reír a Ambrosuelo, temió Sicurano haber, con algún signo, hecho traición a su disfraz, y así, con rostro grave dijo:

—¿Ríes de que, siendo hombre de armas, me ocupe de esas cosas femeniles?

Dijo Ambrosuelo:

—No río de eso, sino de la forma en que logré las prendas.

A lo que dijo Sicurano:

—Así Dios te dé buena ventura como, si puedes decirlo, me holgaré de que me cuentes cómo las ganaste.

—Señor —dijo Ambrosuelo—, me dio esas cosas, entre otras, una dama de Génova, a la que llamaban Ginebra, esposa de Bernabé Lomellin una noche que yací con ella, y me rogó que por su amor las conservase. Y me río porque ello me recuerda la sandez de Bernabé, el cual fue tan necio que apostó cinco mil florines de oro contra mil míos a que su esposa no se prestaría a mi placer. Gané la apuesta, y él, que más debiera haber castigado su bestialidad que no el que su esposa hiciera lo que todas las mujeres hacen, al volver de París a Génova la mandó matar, según supe después.

Sicurano, al oír esto, en el acto comprendió los motivos de la ira de Bernabé y manifiestamente conoció que aquello había sido motivo de todo su mal, y resolvió no dejar impune el delito. Hizo, pues, saber a Ambrosuelo que le placía mucho aquella ocurrencia y hábilmente llegó con él a una estrecha familiaridad, al punto de que él, por exhortaciones suyas, al acabar la feria marchó a Alejandría, donde Sicurano mandó aderezarle albergue y le dio bastantes dineros suyos, por lo que el mercader, sacando tanta utilidad, allí se entretuvo mucho tiempo.

Sicurano, en el afán de probar su inocencia a Bernabé, no descansó hasta que, por mediación de algunos comerciantes genoveses que en Alejandría estaban, no le hubo, con insólitos argumentos, convencido de que allá acudiese. Y como Bernabé estaba en bastante pobreza, gestionó Sicurano que un amigo suyo le acogiese en tanto que llegaba la ocasión de hacer lo que se proponía. Ya Sicurano había procurado que Ambrosuelo contase el lance al sultán, no sin que éste se holgara mucho, y al llegar Bernabé parecióle adecuado no entrar en más demoras, y pidió al sultán que hiciese comparecer en su presencia a Bernabé y Ambrosuelo, para que, si con facilidad no se conseguía, con rigor se hiciese a Ambrosuelo que confesare, en presencia de Bernabé, la forma en que había obtenido las preseas de que se jactaba. Por lo cual, llegando Ambrosuelo y Bernabé, el sultán ante muchos, con severo rostro mandó a Ambrosuelo que dijese con verdad cómo había ganado a Bernabé sus cinco mil florines de oro. Presente estaba Sicurano, en quien Ambrosuelo tenía gran confianza hasta que halló que, con descompuesto rostro, amenazábale con gravísimos castigos si no decía la verdad. Por ello Ambrosuelo, atemorizado por una parte y otra, y aun un tanto apremiado, lo narró todo en presencia de Bernabé y los demás, no esperando otra pena que la restitución de los florines y de las prendas. Y cuando Ambrosuelo hubo hablado, Sicurano, ejecutor del sultán en este punto, dijo, dirigiéndose a Bernabé:

—Y tú, tras esa mentira, ¿qué hiciste con aquella mujer?

A lo que Bernabé repuso:

—Yo, airado por la pérdida de mi dinero y la afrenta que me parecía haber recibido de mi mujer, hice que un doméstico mío la matase y, a lo que él me contó, prestamente fue devorada por muchos lobos.

Dichas estas cosas en presencia del sultán, y por él oídas y entendidas, no sabiendo todavía a qué quería ir a parar Sicurano, le preguntó qué deseaba, y Sicurano dijo:

—Señor, asaz claramente puedes conocer lo que aquella mujer podría complacerse en tal amante y tal marido. El amante empañó con sus mentiras el honor de ella y despojó a su marido; y el marido, más crédulo de la falsedad ajena que de lo que él por larga experiencia debía conocer, hizo matar a su mujer y darla por pasto a los lobos. Y a más de esto, tanto es el amor que amigo y esposo le tienen que, aun tratando largamente con ella, no la conocen. Y pues vos perfectamente sabéis qué es lo que cada uno ha merecido, si por especial gracia me permitís castigar al engañador y perdonar al engañado, yo haré venir a esa mujer a vuestra presencia.

El sultán, dispuesto a complacer en todo a Sicurano, dijo que podía hacer venir a la mujer. Maravillábase mucho Bernabé, que por muerta la tenía, y Ambrosuelo, ya cierto de su mal, temía algo peor que pagar dineros, y no sabía qué esperar, asombrándose también de que la mujer pudiera acudir. Concedido, pues, por el sultán, a Sicurano lo que éste pedía, él, llorando y arrodillándose ante el sultán, dejando su voz varonil y no queriendo ya parecer hombre, dijo:

—Señor, yo soy la mísera y desventurada Ginebra, que seis años con disfraz de hombre he andado por el mundo, falsa y culpablemente vituperada por este traidor de Ambrosuelo, y por este hombre cruel e impío entregada a un criado para que la matase y la diera a comer a los lobos.

Y, quitándose las ropas y enseñando el pecho, al sultán y a los demás evidenció que era mujer. Y, tornándose a Ambrosuelo, con injuriosas palabras le preguntó cuándo había él yacido con ella, como lo afirmaba. El mercader, reconociéndola y enmudecido, por la vergüenza, nada decía. El sultán, que siempre había tenido por hombre a su sirviente, vino a tanta maravilla que más por sueño que por realidad tenía lo visto y oído. Pero, ya cesando su pasmo, conoció la verdad y alabó mucho la vida, constancia, costumbres y virtud de Ginebra, hasta entonces Sicurano llamada. Mandó darle muy buenos vestidos femeniles y mujeres que la acompañasen y, a petición de ella, perdonó a Bernabé la merecida muerte. Él, al reconocerla, se lanzó a sus pies llorando y pidió perdón, el cual, aunque no merecido, ella otorgó benignamente y, haciéndole levantar, tiernamente lo besó. Dispuso el sultán que, sin dilación, fuese Ambrosuelo puesto al sol en un lugar elevado de la ciudad, atado a un palo y untado de miel, sin que nadie le moviera hasta que por sí mismo se cayera solo; e hízose así. Y dispuso por ende que lo que de Ambrosuelo quedase fuera dado a la mujer, y no era aquella hacienda tan poca que de diez mil dobles no pasase. Y, ordenando aprestaran gran festín, a Bernabé como esposo de Ginebra y a Ginebra como mujer valerosísima, honró y regalóles, entre joyas, dinero y vajillas de oro y plata, hasta el valor de otras diez mil dobles más. Y, acabada la fiesta, hízoles preparar un bajel y dioles licencia para volver a Génova cuando quisiesen. Tornaron, pues, muy ricos y con mucha alegría y fueron recibidos con gran honor, especialmente madama Ginebra, a la que todos por muerta tenían; y siempre, mientras vivió, fue por todos reputada mujer de mérito y gran virtud.

Ambrosuelo, el mismo día que fue atado al palo, viose muy hostigado de moscas, tábanos y avispa, de lo que hay en el país gran copia, y no sólo quedó muerto, sino devorado hasta los huesos. Los cuales, blancos y descarnados, largo tiempo estuvieron expuestos, dando de su maldad debido testimonio. Y así el engañador resultó engañado.

Masseto de Lamporecchio, fingiéndose mudo, se hace hortelano de un convento de monjas que porfían por acostarse con él.⁵

—**M**UCHOS, bellísimas amigas, son los hombres y mujeres necios que se imaginan que, por ponerle encima a una joven una toca blanca y una vestidura negra, ha dejado de ser mujer y de sentir femeniles apetitos, como si de piedra la hicieran al hacerla monja. Y si oyen algo contra ésta su creencia, se turban como si algún grande y avieso mal se hubiere cometido contra la naturaleza, no pensando ni queriendo pensar en ellos mismos, que tienen licencia plena de hacer hasta saciarse lo que quieren, ni meditando en la mucha fuerza del ocio y la soledad. Y también muchos de éstos imaginan que la pala y el azadón, y las viandas toscas, y las fatigas, quitan del todo a los trabajadores de la tierra los apetitos concupiscentes y les hacen de inteligencia y agudeza muy romos. Y que se engañan mucho los que así piensan, quiero esclareceros contándoos, según me ha ordenado la reina, una narracioncita.

Existía y aún existe en nuestro país un monasterio de monjas bastante afamado por su santidad, el cual no nombraré por no disminuir esa fama. En el cual, no ha mucho tiempo, habitaban allí ocho mujeres con una abadesa, todas jóvenes, y tenían un pobre hombre que de un su bellissimo jardín era hortelano. Y él, no satisfecho de su salario, pidió la cuenta a las mujeres y volvióse a Lamporecchio, de donde era oriundo. Entre los demás que con contento le acogieron, había un joven labrador, fuerte y robusto y de apariencia buena como de persona de villa. Llamábase Masetto, y preguntó al recién llegado dónde había estado tanto tiempo. El hombre, que se llamaba Nuto, se lo dijo, y Masetto le interrogó en qué servía en el monasterio.

A lo que Nuto respondió:

—Yo trabajaba en un jardín bello y grande, y además iba a veces a buscar leña al bosque, y traía agua y prestaba servicillos análogos, pero me daban tan poco salario que apenas me alcanzaba ni para calzas. Además, todas las monjas son jóvenes y parece que tienen el diablo en el cuerpo, de manera que nada se hace a su gusto, sino que, cuando yo trabajaba en el huerto, una me decía: «Pon aquí esto», y la otra: «Pon aquí aquello», y otra, quitándome la azada, me decía: «Esto no está bien», y dábame tanto enojo, que yo, dejando el trabajo, salíame del huerto; así que entre una cosa y otra, no quise seguir allí más y me vine. Su administrador, cuando me marché, me rogó que si alguien del oficio conocía, se lo enviase, y se lo prometí; pero así le haga Dios tan sano de los riñones como pienso mandarle a nadie.

⁵ Jornada tercera: dedicada a quienes con gracia e inteligencia lograron alguna cosa largamente deseada, o recobraron lo que habían perdido.

Oyendo Masetto las palabras de Nuto, sintió vivo deseo de estar con aquellas monjas, suponiendo que él podría cumplir allí sus deseos. Y, presumiendo que ello no ocurriría si decía algo a Nuto, le dijo:

—Bien has hecho en venir. ¿Qué hace un hombre entre mujeres? Mejor estaría con diablos, porque ellas, seis veces de cada siete, ni lo que quieren saben.

Y, acabados estos razonamientos, empezó Masetto a pensar cómo debía presentarse a ellas. Entendía el oficio de que Nuto le habló, pero temió que no le recibieran al verle demasiado mozo y bien parecido. Y, figurándose entre sí muchas cosas, imaginó: «El lugar es harto lejano de aquí y nadie me conoce. Si finjo ser mudo, de fijo me recibirán». Y, aferrándose a esta imaginación, echóse la segur al hombro y, sin decir a nadie adonde iba, a guisa de pobre hombre entró en el convento, en el cual, al llegar, casualmente halló al administrador en el patio y, por señas, cual mudo, pidióle de comer por amor de Dios y ofrecióle, si quería, partir leña. El otro diole de comer de buen grado y le puso ante unos troncos que Nuto no había podido partir, pero que el joven, que muy robusto era, en pocas horas cortó. El mayordomo, que necesitaba ir al bosque, le llevó consigo y, luego de hacerle cortar más leña, le puso el asno delante y por signos le indicó que lo llevara al monasterio. Cumpliólo todo bien el joven, y el mayordomo, para que le sirviese en algunas cosas que le eran precisas, le tuvo consigo más días. Y, viéndole una vez la abadesa, preguntó quién era, y el otro repuso:

—Un pobre sordomudo, señora, que vino a pedir limosna y a quien he encargado algunas cosas que nos eran necesarias. Si supiese trabajar el huerto y quisiera quedarse, creo que nos prestaría buenos servicios, porque anda necesitado, y es fuerte, y podría hacer lo que quisiera. Y, además, no existiría el peligro de que platicase con vuestras jóvenes.

A lo que dijo la abadesa:

—A fe de Dios que hablas en verdad. Mira si sabe labrar e ingéniate para retenerle. Regálale un par de zapatos y algún vestido viejo, halágale y dale bien de comer.

El hombre prometió hacerlo. Masetto, que estaba barriendo el patio, lo oyó todo y díjose contento: «Si aquí me ponéis, yo os labraré el huerto como no os lo habrán labrado nunca».

Viendo el administrador que el mozo labraba óptimamente, por señas le preguntó si quería quedarse allí. Y con señas respondióle Masetto que haría lo que a él le pluguiese, y el hombre, aceptándolo, le impuso la tarea de cuidar el huerto y le mostró sus otras obligaciones, y luego, yendo a otras faenas del monasterio, le dejó.

Y, trabajando un día tras otro, comenzaron las monjas a molestarle e importunarle y, como a menudo pasa con los mudos, le decían, no creyendo ser atendidas, las más injuriosas palabras imaginables. De lo cual la abadesa se curaba poco o nada, creyéndolo privado de oído como de habla. Y una vez que él había trabajado mucho y descansaba, dos monjas jovenzuelas que andaban por el jardín llegaron a donde estaba y, creyéndole dormido, le miraron. Una, que era más atrevida, dijo a la otra:

—Si pensase que callabas, te diría un pensamiento que muchas veces se me ha ocurrido y del que tú podrías aprovecharte.

La otra respondió:

—Habla, que nada diré a nadie.

Y la arrojada comenzó:

—No sé si habrás parado mientes en lo estrictamente que vivimos, y en que aquí ningún hombre osa entrar, salvo el mayordomo, por viejo, y éste por mudo. Y yo muchas veces a mujeres que nos han visitado les he oído decir que todas las dulzuras del mundo son una burla por comparación a la que siente la mujer con el hombre. Por lo que muchas veces he determinado que, si con otros no puedo, con este mudo me he de ensayar, y más que es para el caso el mejor del mundo, puesto que nada puede ni sabría decir. Ya ves que es un mozallón estúpido, más crecido que sensato. Con gusto oiré tu parecer.

—¡Oh, lo que dices! —exclamó la otra—. ¿No sabes que hemos prometido a Dios nuestra virginidad?

—¡Oh —dijo la primera—, cuántas cosas que no se cumplen se le prometen todos los días! Si le hemos eso prometido, busca otra u otras que lo cumplan.

La compañera le dijo:

—¿Y si quedásemos embarazadas?

Su amiga alegó:

—Ya estás pensando en el mal antes de que llegue. Cuando se produzca, se podrá pensar. Mil modos habrá de arreglarse sin que nada se sepa, siempre que nosotras no lo digamos.

La otra, al oír esto, tuvo aún más ganas que la primera de probar qué animal es el hombre, y dijo:

—¿Y qué haremos?

La otra respondió:

—Ya ves que es sobre la nona. Creo que todas las monjas duermen menos nosotras. Miremos si hay alguien en el huerto y, si no, ¿qué otra cosa tenemos que hacer sino echar mano a éste y llevarlo a esa cabaña junto al manantial? Una puede estar con d y la otra estar al cuidado. Y como él es necio se plegará a lo que queramos.

Masetto oía este razonamiento y, presto a obedecer, no esperaba sino que le tomase una de ellas. Y habiendo las dos examinándolo todo y comprobado que de nadie podían ser vistas,

la que había propuesto el lance fue a Masetto y le despertó y él incorporóse y ella, con obras lisonjeras, le tomó la mano, y mientras él reía neciamente, llevólo a la cabaña, donde Masetto, sin hacerse rogar mucho, accedió a lo que ella quería. Y la monja, como leal compañera, una vez satisfecha, llamó a la otra y también Masetto se plegó a lo que ella quiso, sin dejar de mostrarse un entero simple. Y así, antes de partirse, otra vez cada una quisieron saber cómo el mudo cabalgaba, y luego, departiendo entre sí, decíanse que aquello era más dulce y mejor que lo que se hablaba. Y desde entonces, escogiendo horas adecuadas, iban a retozar con el mudo.

Ocurrió que, un día, una compañera suya las vio desde la ventanita de su celda y se las mostró a dos compañeras más. Tuvieron ante todo razonamientos encaminados a acusarlas ante la abadesa, pero luego, cambiando de opinión, de consenso empezaron a participar también de Masetto, al cual, por diversos accidentes, las otras tres también hicieron compañía en varios casos. Últimamente, la abadesa, que aún no reparaba en estas cosas, andando un día de gran calor sola por el jardín, encontró a Masetto, el cual, durante el día, por la fatiga del mucho cabalgar por la noche, se había tendido a dormir a la sombra de un árbol. Y habiéndole el viento alzado las ropas, hallábase todo él descubierto. Lo que, mirándolo la mujer y hallándose sola, hízola caer en igual apetito que sus monjitas y, despertando a Masetto, se lo llevó a su cámara, donde le tuvo varios días, con gran desolación, de las monjas al ver que su hortelano no salía a labrarles el huerto. Y la abadesa probó y reprobó aquella dulzura que usualmente ante las otras solía censurar. En fin, mandóle a su aposento y buscóle otras veces, y como las demás le buscaban también, no pudiendo el hombre satisfacer a tantas, pensó que el seguir siendo mudo podría irrogarle gran daño, y una noche, estando con la abadesa, al separarse de ella, comenzó a decir

—He oído decir, señora, que un gallo se basta para diez gallinas, pero que ni aun diez hombres se bastan para satisfacer a una mujer, de suerte que a mí me conviene servir a nueve. Por nada del mundo podría perseverar en ello, y aun con lo hecho, he venido a tal extremo, que ya no puedo hacer ni poco ni mucho, por lo que, o me dejáis ir con Dios, o buscáis remedio a este caso.

La mujer, oyendo hablar al que tenía por mudo, pasmóse y dijo:

—¿Cómo es esto? Te creía mudo.

—Señora —dijo Masetto—, lo era, pero no por naturaleza, sino por una enfermedad que me privó del habla, la cual esta noche me ha sido restituida, por lo que alabo a Dios en cuanto puedo.

Creyólo la mujer y le preguntó qué significaba aquello de haber de servir a nueve mujeres. Lo contó todo Masetto, y la abadesa, advirtiéndole que no había monja que no fuera más experta que ella, como discreta, y aunque sin dejar partir a Masetto, convino en buscar remedio al mal con sus monjas, para que por Masetto no fuese el monasterio vituperado. Y como en aquellos días había muerto el administrador, ellas, de común acuerdo, y revelándose entre sí lo hasta entonces hecho a escondidas, convinieron, con placer de Masetto, en hacer creer a las gentes

del contorno que sus oraciones y los méritos del santo bajo cuya advocación estaba el monasterio habían restituido a Masetto el habla tan largamente perdida; y le hicieron administrador, y tan hábilmente se distribuyeron entre todas las fatigas del hombre, que él pudo fácilmente soportarlas. Y entre ellas, aunque bastantes monjitos el buen hombre generase, tan diestramente se llevó la cosa que nada se supo hasta después de la muerte de la abadesa. Siendo ya Masetto viejo, padre y rico, sin el trabajo de nutrir a sus hijos y costear sus gastos, habiendo con su agudeza sabido manejarse bien en la mocedad, volvió al sitio de donde había salido con la segur al hombro, afirmando que así trataba Cristo a quien le ponía cuernos en la cabeza.

Fray Alberto hace creer a una mujer que el arcángel Gabriel está enamorado de ella, y fingiendo ser él el ángel, muchas veces con ella yace. Después, temeroso de los parientes de la mujer, huye de su casa y se refugia en la de un pobre hombre. Éste, disfrazándolo de rústico, le lleva a la plaza al día siguiente, donde es reconocido por los monjes de su orden y, por tanto, prendido y encarcelado.⁶

LA novela contada por Fiammetta había atraído varias veces las lágrimas a los ojos de sus compañeras, y cuando el relato acabó, el rey, con serio rostro, dijo:

—Poco me parecería haber de dar mi vida por la mitad del deleite que con Guiscardo tuvo Ghismunda; y ninguna debéis de esto maravillaros, puesto que yo, viviendo, mil muertes padezco a cada hora, sin por ello recibir ni una partícula de placer. Pero, dejando por ahora que mis cosas queden en sus términos, quiero que de estos rigurosos razonamientos, a mis peripecias en parte semejantes, sea Pampinea la que discurra luego; y en verdad que si sigue como Fiammetta ha empezado, sin duda comenzaré a sentir caer algún rocío sobre mi fuego.

Pampinea, oyendo la orden, mejor conoció por su inclinación el ánimo de sus compañeras que el del rey por sus palabras, y creyendo preferible recrearlas a ellas que al rey contentar, se dispuso, sin salirse de las condiciones estipuladas, a contar una narración de risa, y principió:

—Usan las gentes ordinarias un refrán que dice: «El culpable y por bueno tenido, hacer el mal puede y no ser creído». Refrán es éste que amplía materia de contar me presta dentro de lo que ha sido propuesto; y aun de paso demostrar la hipocresía de los religiosos, quienes, con sus ropones anchos y largos, y sus rostros artificialmente palidecidos, y sus voces humildes y mansas cuando piden al prójimo, y muy altas y robustas cuando reprenden a los otros sus propios vicios; parece que, ellos por quitar, y los otros por dar, consiguen la salvación. Sí, que dijérase que no son hombres que, como nosotros, tengan que buscar el paraíso, sino que, como poseedores de él y de él otorgantes, pueden a todo el que muere, según la cantidad que de dinero les legó, más o menos excelente lugar asignarle, con lo que a sí mismos si tal creen, y después a los que a sus palabras dan fe, se esfuerzan en engañar. Respecto a los cuales, si

⁶ Jornada cuarta: historias de amor con final desgraciado.

cuanto conviene me fuera lícito demostrar, pronto declararía a muchos simples lo que los frailes bajo sus luengas sotanas tienen escondido. Pero bastaría con que pluguiera a Dios que a todos, por sus mentiras, les ocurriese lo que a un fraile menor, no nada joven, que por uno de los máximos casuistas era tenido en Venecia. Y mucho me complace hablaros de él, ya que vuestros ánimos, de compasión llenos por la muerte de Ghismunda, quizá con risa y placer se recobren.

Había, pues, preciadas amigas, en Imola un hombre de malvada y corrompida vida, al que llamaban Berro de la Massa, cuyas vituperables obras, siendo ya conocidas de muchos imolenses, a tal extremidad le llevaron, que no ya sus embustes, sino ni la verdad, había en Imola quien le creyera. Viendo, pues, que allí ya sus hechos no tenían cabida, a Venecia, vertedero de toda inmundicia, se fue desesperado, y resolvió dar a sus maldades un cauce distinto al que en otras partes había dado. Y como si la conciencia le remordiese por las maldades antaño cometidas, mostróse de suma humildad alcanzado y más que ningún otro hombre convertido en católico; y fue e hízose fraile menor, con el nombre de Fray Alberto de Imola; y en tal hábito comenzó a fingir llevar rigurosa vida, encomiando mucho la penitencia y la abstinencia, sin nunca comer carne ni beber vino cuando no encontraba el que le gustase. Y de ladrón, rufián, falsario y homicida, repentinamente, sin que apenas nadie se diera cuenta de ello, convirtiéndose en gran predicador, sin por eso haber abandonado los predichos vicios cuando ocultamente podía ponerlos en práctica. Y además, habiéndose ordenado de sacerdote, siempre en el altar, cuando oficiaba, si de muchos visto era, lloraba la pasión del Salvador, como aquél a quien poco le costase llorar cuando quería. En resolución, con sus prédicas y sus lágrimas, supo tan diestramente engañar a los venecianos, que de casi todo testamento que se hacía era fideicomisario y depositario, y guardador de dinero de muchos, y consejero de innúmeros hombres y mujeres. Y así, de lobo se trocó en pastor, y su fama de santidad en aquellas comarcas era mayor que lo fue la de San Francisco de Asís. Y ocurrió que una mujer joven y necia, llamada Lisetta de can Quirino, esposa de un gran mercader que había ido con sus galeras a Flandes, fue con otras mujeres a confesarse con aquel santo fraile. Y estando allá, y sabiéndola él veneciana, que todos son gente lasciva, le preguntó, cuando ella hubo dicho parte de sus pecados, si tenía algún amante. A lo que ella repuso:

—¿No tenéis, señor fraile, ojos en la cara? ¿Os parece mi belleza como la de las demás? Hartos amantes tendría, si quisiese, pero no es mi belleza de las que de un cualquiera se dejan amar. ¿A cuántas veis como yo, que sería bella aun en el paraíso?

Y, con éstas, dijo tantas otras cosas sobre su hermosura, que ya rayaba en enojoso el oírla. Conoció en seguida el fraile que la mujer era estúpida, y pareciéndole terreno bueno para él, de ella súbitamente y sobremanera se enamoró. Reservó, no obstante, sus lisonjas para ocasión más propicia, y para en aquélla mostrarse santo, comenzó a reprenderla y a decirle que eso era vanagloria, con otras cosas análogas. Y entonces la mujer le replicó que él era una bestia, incapaz de distinguir una belleza de otra, por lo que Fray Alberto, no queriéndola amohinar demasiado, la confesó y la dejó ir con las demás. Y, pasando unos días, con un compañero de confianza fue a casa de doña Lisetta, y apartándose con ella a sitio donde no podía ser visto de otros, arrodillóse a sus pies y le dijo:

—Señora, por Dios os ruego que me perdonéis lo que el domingo, cuando discurríais sobre vuestra belleza, os dije; porque en verdad que de eso tan duramente a la siguiente noche castigado fui, que hasta hoy no me he podido levantar del lecho.

Dijo entonces doña Presumida:

—¿Y quién os castigó así?

Dijo Fray Alberto:

—Os lo diré. Estando yo por la noche en oración, como siempre suelo estar, vi súbitamente en mi celda un gran resplandor, y antes de que pudiera volverme para saber qué era, divisé sobre mí un hermosísimo joven que tenía un bastón en la mano. Y él, asiéndome de las ropas y atrayéndome a sí, tantos estacazos me dio que me dejó deshecho. Le pregunté por qué hacía aquello y repuso: «Porque hoy osaste censurar la celestial belleza de doña Lisetta, a la que yo amo más que a ninguna otra cosa, no siendo a Dios». Y entonces le pregunté: «¿Quién sois vos?». A lo que me contestó que el arcángel San Gabriel. «Señor, dije, os ruego que me perdonéis». Y él me dijo: «Yo te perdono siempre que, tan pronto como puedas, vayas a ella y de ella te hagas perdonar, y si ella no te perdona, yo volveré y te daré tantos porrazos que te dejaré baldado para toda la vida». Y lo que me dijo después, no me atrevo a repetirlo si antes no me perdonáis.

Doña Cabeza Vacía, que no tenía mucha sal en la mollera, gozaba grandemente oyendo estas palabras y las creía todas verídicas, y tras una pausa dijo:

—Bien os decía yo. Fray Alberto, que mi belleza es celestial; pero, así Dios no me ayude si no os compadezco, y desde ahora, para que no recibáis más mal, os perdono, siempre que en verdad me digáis lo que el ángel os habló después.

Dijo Fray Alberto:

—Pues que me habéis perdonado, señora, con placer os lo diré; pero os recuerdo que cuanto os hable habéis de ocultarlo a toda persona, si no queréis echar a perder vuestros negocios. Sois ciertamente la mujer más venturosa del mundo. El ángel Gabriel me mandó que os dijese que le gustabais tanto, que muchas veces habría por la noche venido a estar con vos si no fuera por temor a espantaros. Y me manda deciros que quiere venir una noche a pasar una buena pieza con vos; y como el ángel, viniendo en forma de tal, no podría tocaros, quiere, para vuestro deleite, llegar en forma de hombre y os ruega que mandéis a decirle cuándo queréis que venga y en qué forma y así vendrá, con lo que podéis consideraros más afortunada que ninguna otra mujer viviente.

Doña Necia dijo entonces que le placía mucho que el arcángel Gabriel la amase, porque también ella a él amaba y que jamás dejaba de encenderle una vela del precio de un matapán doquiera que veía su imagen pintada. Y añadió que, siempre que él quisiera ir con ella, sería bien venido, porque la encontraría sola en su cámara. Puso, empero, la condición de que no tuviese la ocurrencia de dejarla a ella por la Virgen María, ya que le había sido dicho que él la

amaba mucho y que, en cualquier punto que la veía, se arrodillaba delante de ella. Y agregó que podía venir en la forma que quisiese, siempre que no le produjese temor.

Y dijo Fray Alberto:

—Muy razonable habláis, señora, y yo trataré con él de lo que me decís. Pero vos podéis hacerme una gran gracia, y es que queráis que venga encarnado en mi cuerpo. Y el hacerme esa gracia será porque él me sacará el alma del cuerpo para llevarla al paraíso y, mientras él esté con vos, mi alma en el paraíso se hallará.

Dijo entonces Doña Poco Entendida:

—Pláceme, y quiero que os compense de ese modo de la paliza que por causa mía os dio.

Y entonces dijo Fray Alberto:

—Haced de modo que esta noche encuentre el ángel la puerta de vuestra casa para que pueda entrar, ya que, viniendo, como vendrá, en cuerpo humano, no podrá entrar sino por la puerta.

Respondió la mujer que así se haría. Fray Alberto marchó y ella quedó con tanto alborozo, que no le llegaba la camisa al trasero, pareciéndole que faltaban mil años para que viniese el arcángel Gabriel. Pensando Fray Alberto que por la noche le convenía ser jinete y no ángel, con confites y otras cosas buenas procuró confortarse y, cuando de noche, con la oportuna licencia de su superior, y con un compañero, fue a casa de una amiga suya de donde otras veces había partido para cabalgar yeguas, cuando le pareció momento oportuno, marchó a ver a la mujer, y con los elementos que llevaba, disfrazóse de ángel y, subiendo, entró en la cámara de Lisetta, que le esperaba impaciente.

Cuando ella vio aquella cosa blanca, se arrodilló delante y el ángel la bendijo y la levantó y le hizo signo de que se fuese al lecho. Ella, deseosa de obedecer, así lo cumplió, y el ángel acostóse rápidamente con su devota.

Era Fray Alberto buen mozo y robusto, y no mal plantado, por lo que, topando con doña Lisetta, que era fresca y mórbida, hízole otras cosas que el marido, y así muchas veces durante la noche voló sin alas, de lo que ella se dio por muy contenta. Además, el ángel le habló muchas cosas de la gloria celestial. Y, al acercarse el día, con sus disfraces de fraile se fue y unióse a su compañero, a quien, para que no tuviese miedo durmiendo solo, la criada de la casa había hecho compañía. Y la mujer, después de desayunar, fue a ver a Fray Alberto y le dio noticia del ángel Gabriel y de lo que él le había explicado acerca de la gloria eterna, y lo que le había hecho, y cómo iba añadiendo algo más a tan maravillosas fábulas. A lo que Fray Alberto dijo:

—Señora, no sé como os entendisteis con él, y sólo sé que esta noche, viniendo él a mí y dándole ya vuestro encargo, repentinamente llevóse mi alma entre tantas rosas y flores, que

nunca se vieron tantas, y en uno de los más deleitosos lugares imaginables estuve hasta por la mañana. Lo que de mi cuerpo fue, lo ignoro.

—¿No os lo digo? —dijo la mujer—. Vuestro cuerpo estuvo toda la noche en mis brazos con el ángel Gabriel, y si no lo creéis, miraos bajo la tetilla izquierda, donde yo di un grandioso beso al ángel, al punto de que vos debéis tener la misma señal ahí.

Dijo entonces Fray Alberto:

—Hoy haré una cosa que ha mucho que no hago, y es desnudarme para comprobar si decís verdad.

Y, tras mucho platicar, la mujer volvióse a casa, a la cual, en forma de ángel, fue muchas veces más Fray Alberto, sin encontrar dificultad alguna. Y sucedió un día que, estando doña Lisetta con una comadre, y hablando de belleza las dos, para poner la suya por encima de todas, dijo como mujer de poco caletre:

—Si supieseis a quién agrada mi belleza, en verdad que no hablaríais de lo demás.

La comadre, que bien la conocía, dijo:

—Verdad podéis decir, señora, pero, ignorando de qué se trata, algo más tendría que saber.

Y la mujer, que tenía tan poca levadura en la mente, dijo:

—No debiera decirse, comadre, pero mi amante es el arcángel Gabriel, que me ama más que a sí mismo, teniéndome por la más bella mujer que en el mundo haya.

La comadre estuvo a punto de reír.

—Verdad podréis decir, señora, y si el ángel Gabriel es vuestro amante, bien debe todo marchar; mas no creía yo que los ángeles hiciesen estas cosas.

Dijo la mujer:

—Errada andáis, comadre, por Dios, que mejor procede él que mi marido, y me dice que también él es conmigo muy feliz, porque, pareciéndole yo más bella que ninguna de las que hay en el cielo, se ha enamorado de mí y viene a estar conmigo muy a menudo, ¿entendéis?

Cuando la comadre salió de la casa de doña Lisetta, parecióle que tardaba mil años en alcanzar sitio donde pudiera platicar de aquellas cosas, y llegándose a una fiesta con un gran grupo de mujeres, ordenadamente les contó la historia. La dijeron las mujeres a sus maridos y a otras mujeres, y éstas a otras, y en menos de dos días estuvo informada del asunto toda Venecia. Pero entre otros a los que llegó el cuento figuraban los cuñados de la mujer, los cuales, sin decir nada, resolvieron averiguar qué ángel era aquél y si sabía volar, y pasaron varias noches en acecho. Y sucedió que nada de esto llegó a oídos de fray Alberto; y una

noche, apenas acababa de desvestirse, los cuñados de la dama, que le habían oído llegar, fueron a la puerta de la alcoba para abrirla Oyéndolo fray Alberto, y suponiendo lo que era, levantóse y abrió una ventana que daba al Gran Canal y se tiró al agua. El fondo no era mucho y él sabía nadar bien, de manera que no se hizo daño alguno, y viendo una casa abierta al otro lado del Canal, allá entró y rogó a un buen hombre que había dentro que le salvase la vida, explicándole a su manera y con cuentos por qué a aquella hora y desnudo estaba. El buen hombre, movido a piedad, teniendo que ir a sus ocupaciones, puso al fraile en su lecho y le dijo que estuviere allí hasta su regreso y, cerrándolo desde fuera, marchóse a sus cosas. Cuando los cuñados de la mujer entraron en la alcoba, hallaron que el arcángel Gabriel, dejando sus alas, había volado y, desconcertados, dijeron a la mujer muchas injurias y al fin la dejaron desconcertada y se volvieron a su casa con los jaeces del ángel. Entretanto, al alborear, estando el buen hombre en el Rialto, oyó decir que el ángel Gabriel había ido a yacer por la noche con Lisetta y que, descubierto por los cuñados, se había tirado por la noche al canal, sin que se supiera lo que fuera de él. Pensó, pues, que aún debía de estar en su casa y allí fue y le reconoció, y le dijo que, si no quería que le entregase a los cuñados de la mujer, le había de dar cincuenta ducados; y así se acordó. Y, queriendo después fray Alberto salir de allí, dijo el hombre:

—No hay ningún modo de hacerlo, salvo uno, si lo queréis. Se celebra hoy una fiesta en la que cada uno lleva un hombre vestido de oso o de hombre de la selva, y otros de otra manera y otros de otra, y en la plaza de San Marcos se realiza una caza al fin de la cual se acaba la fiesta. Y luego va cada uno donde le place con aquél al que llevaba. Si lo deseáis, y antes de que se pueda saber quién sois, yo os llevaré en una de esas formas y así os podré conducir adonde queráis. No veo otra manera de que podáis salir sin que seáis conocido, tanto más cuanto que los cuñados de la mujer, sabiendo donde entrasteis, han puesto por doquier guardia para encontraros.

Aunque a fray Alberto le pareciese duro salir de tal guisa, el miedo que tenía a los parientes de la mujer le convenció y dijo al hombre que se hiciera lo que proponía y que de ello estaba contento. Y el otro le untó de miel, le emplumó, y le puso una cadena al cuello y una máscara en el rostro, y en una mano le colocó un enorme bastón y en la otra unos perros que había traído del matadero, y envió un hombre al Rialto diciendo que quien quisiera ver al arcángel Gabriel fuese a la plaza de San Marcos, lo que, con veneciana lealtad, hicieron muchos. Y luego, después de exhibir al ángel, sujetándole por la cadena y provocando muchos rumores de gente que decía: «¿Quién es ése, quién es ése?», le llevó a la plaza, donde, entre los que le seguían y los que, oído el pregón, venían del Rialto, había innumerable multitud. Y al llegar a un lugar sobresaliente y elevado, ató su salvaje a una columna, como si aguardase el momento de que le dieran caza. Y moscas y tábanos, por estar el fraile ungido en miel, dábanle grandísimo estorbo. Mas cuando el hombre vio la plaza bien llena, fingió ir a desencadenar a su hombre salvaje y quitó a fray Alberto la careta, diciendo:

—Señores, ya que el jabalí no acude a la caza, y para que no hayáis venido en vano, quiero que veáis al arcángel Gabriel, el cual ha bajado del Cielo a la Tierra para consolar a las mujeres venecianas.

En cuanto le quitaron la máscara, todos conocieron a fray Alberto y empezaron a clamar contra él, dirigiéndole las palabras más ofensivas y mayores injurias que contra nadie se hayan dicho jamás; y, además, había quienes le tiraban porquerías a la cara. Y así, durante mucho tiempo le tuvieron hasta que, llegando la noticia a los frailes, seis de ellos acudieron allá y poniéndole una capa encima y desencadenándolo, le llevaron, no sin grandísimo escándalo, a su casa, y le encarcelaron; y allí se cree que murió después de arrastrar mísera vida. Y así él, que por bueno pasaba y que osó disfrazarse de arcángel Gabriel, se convirtió en hombre salvaje y fue vituperado y lloró los pecados cometidos. Haga Dios que a todos los demás lo mismo les pase.

Juan de Prócida, descubierto con una joven amada por él y que había sido dada al rey Federico, fue condenado a la hoguera y atado a un palo, pero, reconocido por Ruggeri dell'Oria, se salva y se casa con la muchacha.⁷

ACABADO el relato de Neifile, que mucho agradó a las mujeres, mandó la reina a Pampinea que se dispusiese a su vez a contar otro relato; y ella, prestamente, alzando el claro rostro, comenzó:

—Grandísimas fuerzas son, queridas amigas, las del Amor, y a grandes fatigas, dificultades y no pensados peligros inclinan a los amantes, como por muchas cosas contadas hoy y otras veces se deja entender. Mas no por ello deja de agradarme probároslo narrándoos la osadía de un mancebo.

Ischia es una isla muy cercana a Nápoles, y había allí, entre las demás mujeres, una jovencita bella y risueña, llamada Restituía e hija de un gentilhombre de la isla, Marin Bolgaro de nombre. Estaba de ella enamorado un joven llamado Juan, natural de una isla que Prócida tiene por denominación; y más que a su vida la quería, y ella a él. No venía él de día de Prócida a Ischia para verla, sino de noche, y muchas veces, no encontrando barca, iba a nado de una isla a otra, para, ya que otra cosa no pudiese hacer, contemplar al menos los muros de la casa de la joven. Y mientras así transcurría tan ferviente amor, sucedió que un día que ella estaba sola en la ribera, yendo de peña en peña para arrancar de ellas conchas marinas con un cuchillito, dio en un paraje entre los escollos, donde, buscando sombra y agua fresca que allí había, estaban unos jóvenes sicilianos, que habían anclado con una fragata en la que venían de Nápoles. Habiendo observado lo bellísima que era la joven y notando que no había reparado en ellos, resolvieron raptarla y llevársela, y pusieron en obra su deliberación. Y, aunque la joven gritó, tomáronla, la metieron en el barco y cargaron con ella, y, una vez en Calabria, entraron a debatir de quién debía ser la muchacha, y como todos la querían y no llegaban a acuerdo, temiendo que aquello acabase mal y les perjudicare, resolvieron donarla a Federico, rey de Sicilia, que era entonces joven y en las cosas bellas se deleitaba.

Y al llegar a Palermo cumplieron lo acordado. El rey, al ver a la joven, la tuvo en gran estima, pero, por andar entonces maltrecho de su persona, mandó que pusiesen a la cuitada en unos bellos pabellones de uno de sus jardines, al que llamaban La Cuba, y que allí la atendiesen.

⁷ Jornada quinta: historias de amor con final feliz.

Gran alboroto promovió en Ischia la nueva de que la joven había sido raptada, y lo que más pesaba a todos era que no sabían qué forastero pudiera haberla apresado. Y Juan, más disgustado que otro alguno, y temiendo de Ischia no sacar nada en limpio, como sabía qué rumbo había tomado la fragata, aprestó otra, subió a ella y en cuanto pudo empezó a correr toda la marina, desde Minerva hasta Scalea de Calabria. Y preguntando siempre por la muchacha, en Scalea le dijeron que unos marinos sicilianos la habían trasladado a Palermo. Hízose llevar Juan allí tan pronto como pudo, y tras muchas investigaciones supo que la joven había sido dada al rey y que para él la reservaban en La Cuba. Muy turbado, perdió casi toda esperanza, no ya de conseguirla, sino de verla. Pero, estimulado por su amor, despidió la fragata y, como allí no era conocido de nadie, se quedó.

Pasaba a menudo ante La Cuba y un día, por casualidad, divisó a la joven en una ventana, y ella a él, con gran contento de ambos. Advirtiéndole Juan que el lugar era solitario, acercóse lo más que pudo, le habló y por ella supo de qué modo había de proceder si más de cerca le quería hablar. Fuese, no sin considerar primero la disposición de todo el paraje, y, esperando la noche y dejando transcurrir buena parte de ella, volvió al lugar y, buscando un punto donde no se clavarán las defensas de la verja del jardín, en éste penetró y, encontrando una escalerilla, la apoyó en la ventana de la joven y subió, ligero, por ella. La joven, pensando que podía dar por perdido su honor, por atender al cual antes se había mostrado un tanto esquiva, creyó que a ninguno podía confiarse mejor que a Juan y, esperando poderle inducir a que se la llevase, resolvió complacerle en todos sus deseos, por lo que había dejado la ventana abierta, a fin de que él sin estorbo pasara. Juan, hallando abiertos los postigos, con sigilo entró y tendióse junto a la joven, que no dormía. Ella, antes de hablar de otras cosas, le explicó toda su intención, rogándole con encarecimiento que se la llevase de allí. Dijo Juan que nada le complacería tanto como eso y ofreció que sin falta, en cuanto de ella se separase, obraría de modo encaminado a sacarla de allá la primera vez que volviese. Y, tras esto, abrazándose con grandísimo placer, se entregaron al deleite mayor del cual ninguno puede haber. Y luego de que varias veces lo hubieron reiterado, sin darse cuenta quedaron dormidos uno en brazos del otro.

El rey, al que le había complacido mucho la joven a primera vista, la recordó aquella noche y, sintiéndose repuesto ya, resolvió, aunque ya se acercaba el día, ir a refocilarse con ella algún espacio, y con algunos servidores se fue quedamente a La Cuba y, entrando en los pabellones, mandó abrir sin ruido la estancia en la que sabía que dormía la joven y en ella entró llevando una luz encendida. Mas, mirando al lecho, vio a la muchacha dormir desnuda y a Juan abrazada. Turbóse mucho y tal cólera le acometió que, aun cuando nada dijo, en poco estuvo que no matase a entrambos con un cuchillo que llevaba. Pero luego estimó cosa vilísima para cualquiera, y más para un rey, matar a dos personas desnudas y dormidas, y contúvose y decidió vengarse en público y mediante el fuego, y volviéndose a un único compañero con el que había entrado allí, le dijo:

—¿Qué te parece de esta culpable mujer en la que yo había puesto mis esperanzas?

Y preguntó si era conocido el joven que a tanto se había atrevido como a ir a su casa a causarle tal ultraje y sinsabor. El preguntado respondió que no recordaba haberlo visto jamás.

El rey, mohíno, salió de la estancia y mandó que los dos amantes, desnudos como estaban, fuesen atados y presos y que, al alborear, se los llevara a Palermo y se los atare a un palo, vueltos de espaldas el uno hacia el otro, y que, a la hora de tercia, se los quemara, como habían merecido, después de que todos los vieran; y esto dicho, se volvió, muy airado, a sus aposentos de Palermo.

En cuanto el rey partió, dieron muchos sobre los amantes, a los que no solamente despertaron, sino que sin piedad alguna los cogieron y amarraron. Puede imaginarse lo que los dos amantes temieron por su vida, y lloraron y se lamentaron. Y, según la orden del rey, fueron conducidos a Palermo y atados a un poste en la plaza, en presencia del fuego donde a la hora dicha por el rey debían ser quemados. Todos los palermitanos, hombres y mujeres, corrieron a ver a los amantes. Los hombres se acercaban a ver a la joven y la loaban por hermosa y bien hecha, y las mujeres miraban al mozo, y también por hermoso y bien hecho le alababan. Pero los desventurados amantes, afrentados y con la cabeza baja, lloraban su infortunio, esperando de hora en hora la cruel muerte por el fuego. Y, mientras así la hora determinada aguardaban, como hablaban todos del caso, llegó la noticia a Ruggeri dell'Oria, hombre de inmenso valor y a la sazón almirante del rey, y aproximándose al lugar donde estaban expuestos, miró primero a la joven y mucho estimó su belleza, y después, examinando al mancebo, en el acto le reconoció y, acercándosele más, le preguntó si no era Juan de Prócida.

—Señor, yo fui el que decís, pero a punto estoy de dejar de serlo —repuso Juan, reconociéndole.

Inquirió el almirante qué le había conducido a aquello.

—Amor y la ira del rey —contestó Juan.

Hízose el almirante explicar más el caso y, ya todo oído y aprestándose a partir, llamóle Juan y le dijo:

—Señor, si puede ser, pedid para mí una gracia.

Ruggeri preguntó cuál la gracia era, y Juan dijo:

—Veo que debo morir, y pronto. Quiero, pues, que, ya que estoy vuelto de espaldas a esta joven a la que he amado más que a mi vida, seamos puestos cara a cara, para que, viendo su rostro al morir, pueda partir consolado.

—Con gusto lo haré, porque aún has de verla tanto, que te pesará —dijo Ruggeri, riendo.

Y, apartándose, mandó a los que estaban encargados de la ejecución que nada hiciesen sin recibir nueva orden del rey, y sin demora visitó a éste y, aunque le encontró mohíno, le dijo su parecer, preguntándole:

—Rey, ¿en qué te han ofendido los dos jóvenes a los que en la plaza has mandado quemar?

Díjolo el rey, y prosiguió Ruggeri:

—El delito por ellos cometido es digno de la hoguera, pero no viniendo el castigo de ti, porque, así como las faltas merecen castigo, los beneficios merecen galardón, aparte de gracia y misericordia. ¿Sabes quiénes son aquéllos a los que vas a quemar?

El rey respondió que no, y dijo entonces Ruggeri:

—Pues quiero que lo sepas para que veas cuan indiscretamente te has dejado arrastrar de tu ira. El joven es hijo de Landolfo de Prócida, gracias al cual eres rey y señor de esta isla, y la joven es hija de Marín Bolgaro, por cuya potencia no ha sido tu señorío arrojado de Ischia. Por ende, esos mancebos se aman ha largo tiempo y, empujados por el amor, y no por ofender a tu soberanía, han cometido este pecado, si pecado es el que por amor cometen los jóvenes. ¿Por qué, pues, quieres hacerlos morir, cuando con grandes placeres y dones debieras honrarlos?

El rey, al oír a Ruggeri y cerciorarse de que decía la verdad, no sólo se arrepintió de lo que iba a hacer, sino incluso de lo ya hecho, y mandó que los mozos fueran quitados del palo y llevados ante él; e hízose así. Y habiendo por entero su condición conocido, determinó compensarlos con dádivas y honores la injuria hecha, y mandó que se les vistiera con decoro y, pareciéndole ello ser de común sentir, hizo a Juan casar con la muchacha y, tras ofrecerles muchos obsequios, los mandó contentos a sus moradas, donde fueron con júbilo recibidos y donde entre placeres y alegrías vivieron largamente.

Fray Cebolla promete a unos campesinos mostrarles una pluma del ángel Gabriel, y como en su lugar encuentra unos carbones, dice que son éstos con los que asaron a san Lorenzo.⁸

HABIENDO todo el grupo narrado su cuento, sólo Dioneo faltaba. Por lo cual, y sin esperar solemne mandato, una vez que se impuso silencio a los que alababan la salida de Guido, comenzó:

—Gentiles mujeres, aunque yo tenga el privilegio de hablar de lo que se me antoje, no quiero hoy separarme de la materia de que todos habéis discretamente hablado, sino que, siguiendo vuestras huellas, os demostraré cómo con una súbita ocurrencia un fraile de San Antonio escapó a una burla que dos jóvenes le habían aparejado. Y no debe importaros el que me extienda algo en mi narración, porque, si al cielo miráis, veréis que el sol está sólo a mitad de su carrera.

Certaldo, como tal vez hayáis oído decir, es un castillo del valle del Elsa, sito en nuestra campiña; y, aunque pequeño, de hombres nobles y acaudalados tuvo antaño población. Y allí, porque buen pasto encontraba, durante mucho tiempo solió ir una vez al año, para recoger las limosnas de los tontos, un fraile de San Antonio llamado fray Cebolla. Cayó él tal en gracia a los naturales, quizá no tanto por devoción como porque en aquel terreno se crían cebollas famosas en toda Toscana. Era fray Cebolla pequeño de cuerpo, pelirrojo y de rostro risueño, y el mayor bergante del mundo. Por ende, aunque no conocía ciencia alguna, era tan gran hablador que quien no le conociese, no sólo le tendría por alto retórico, sino que hasta por el propio Tulio o Quintiliano en persona.

Y siguiendo su usanza, allá fue en el mes de agosto. Y un domingo por la mañana, habiendo todos los buenos hombres y mujeres del contorno ido a oír misa en la parroquia, cuando a él le pareció ocasión, dijo:

—Señores y señoras: como todos sabéis, tenéis por usanza mandar todos los años al barón micer san Antonio parte de vuestro grano y cosechas, unos poco y otros mucho, según sus medios y su devoción, para que el bienaventurado san Antonio os guarde los bueyes, asnos, puercos y ovejas; y además soléis pagar, particularmente los adscritos a nuestra cofradía, el pequeño estipendio que una vez al año se entrega. Y para recoger estas cosas me ha mandado mi superior, esto es, micer el abad. De suerte que, con la bendición de Dios, después de nona, cuando oigáis sonar las campanillas salid de la iglesia y fuera, del modo

⁸ Jornada sexta: sobre aquellos que se defendieron con alguna respuesta aguda, evitaron daños y afrentas e hicieron callar a los necios.

usado, os predicaré y besaréis la cruz; y además (como sé que sois devotísimos del barón micer san Antonio), por gracia especial os mostraré una santísima y hermosa reliquia, la cual yo mismo recogí en las tierras santas de ultramar; y es una de las plumas del ángel Gabriel, que se quedó en la estancia de la Virgen María cuando la Anunciación de Nazaret.

Y, dicho esto, calló y aplicóse a la misa.

Mientras fray Cebolla decía estas cosas había en la iglesia dos mancebos muy astutos, llamados Juan del Bragoniera y Blas Pizzini. Los cuales rieron entre sí de la reliquia de fray Cebolla, aunque fueran muy sus amigos, y propusieron hacerle alguna burla a costa de aquella pluma. Y sabiendo que fray Cebolla almorzaba aquella mañana en el castillo con un amigo suyo, cuando le supieron a la mesa bajaron a la calle y hostería donde paraba el fraile, proponiéndose que mientras Blas entretenía hablando al criado de fray Cebolla, Juan buscase la pluma entre los efectos del fraile, para quitársela y ver qué decía después al pueblo.

Al criado de fray Cebolla le llamaban unos Guccio Ballena y otros Guccio Imbratta, y otros Guccio Puerco, y era tan grotesco, que ni Lippo Topo pintó jamás nada parecido. De esto solía muchas veces bromear fray Cebolla con sus amigos, diciendo: «Mi criado tiene en sí nueve cosas, cualesquiera de ellas muy capaces, si las poseyesen Salomón, Aristóteles o Séneca, de echar a perder toda su virtud, seso y santidad. Pensad, pues, qué hombre sería cuando, teniendo en sí nueve cualidades, no posee ni virtud, ni santidad, ni seso». Y preguntándosele a veces qué nueve cosas eran ésas, respondía, casi en verso: «Os las diré: es perezoso, sucio y mentiroso; negligente, desobediente y maldiciente; descuidado, desmemoriado y mal educado; y aun no le faltan otros defectillos que más vale callar. Y lo que más sumamente hace en él reír es que en todas partes quiere tomar mujer y poner casa, y porque tiene la barba negra y grande y lustrosa, se considera hermoso y placentero, y entiende que cuantas mujeres le ven de él se enamoran, y si le dejaran, andaría detrás de todas perdiendo la mollera. Verdad es que me sirve de mucho porque nadie me puede hablar en secreto sin que él pretenda oír también, y si alguna cosa me preguntan tanto teme que yo no sepa contestar, que prestamente responde sí o no, según piense qué más conviene».

A este pobre había dejado fray Cebolla en la posada mandándole que a nadie permitiera tocar sus cosas y particularmente sus alforjas, donde guardaba los objetos sacros. Pero Guccio Imbratta, a quien le gustaba más estar en la cocina que al ruiseñor en las ramas verdes, sobre todo si olía allí alguna sirvienta, habiendo visto en la del huésped a una gruesa, y pequeña y mal hecha, con un par de pechos que parecían dos sacos de inmundicia, con un rostro cual el de un Baronci, y toda sudosa, pringosa y humosa, allá se fue dejando abandonada la alcoba de fray Cebolla y todas sus pertenencias. Y aunque corría agosto, se sentó junto al fuego y empezó a decir a la fregona, que Nuta se llamaba, que él era hidalgo y que tenía millares de florines y que sabía hacer y decir tantas cosas que ni su señor podía comparársele siquiera. Y sin mirar que tenía en la capucha grasa bastante para condimentar el caldero de Altopascio, y que estaba su jubón sucio y remendado con esmaltes de suciedad en el cuello y sobaqueras, con más manchas y colores que paño tártaro o indio, y que estaban todos rotos sus zapatos, y las calzas desgarradas, le dijo, como si fuera el señor de Castiglione, que quería vestirla bien y redimirla de aquella miseria de servir a otros, y que, aunque fueran muchas sus posesiones,

aún esperaba ponerla en mejor fortuna. Y le dijo afectuosamente otras muchas cosas que todas en viento convertidas, como la mayor parte de sus empresas, no le condujeron a nada.

Así que los dos jóvenes encontraron a Guccio Puerco ocupado con Nuta. Alegres al ver que ahorran la mitad del trabajo, pues que nadie se lo estorbaba, entraron en la cámara de fray Cebolla, que estaba abierta, y lo primero con que dieron fue con las alforjas que contenían la pluma. Abrieronlas y dentro hallaron una cajita envuelta en un gran fajo de tafetán, y en su interior una pluma de cola de papagayo, que supusieron sería la que el fraile pensaba enseñar a los certaldenses. Y en verdad que por entonces fácilmente podía él hacer creer aquello, pues las suntuosidades de Egipto, salvo en pequeña parte, no habían pasado aún a Toscana, como después en gran abundancia, y con mucho mal de toda Italia, han venido. Y como eran poco conocidas, por los habitantes de aquella parte del país eran casi ignoradas y, durándoles aún la ruda sencillez de los antiguos, no sólo no habían visto papagayos, sino que no los habían oído mencionar ni con mucho. Contentos los donceles con su pluma, la cogieron y, por no dejar la cajita vacía, la llenaron con carbón del que había en un rincón de la estancia. Y cerraron la cajita y se fueron, dejándolo todo como antes estaba y, sin haber sido vistos, marcharon muy alegres con su pluma y comenzaron a esperar lo que fray Cebolla, al hallar carbón en vez de pluma, diría.

Los sencillos hombres y mujeres que en la iglesia estaban, al saber que iban a ver, después de nona, una pluma del ángel Gabriel, una vez dicha la misa se tornaron a casa y unos vecinos hablaron del caso a otros y unas comadres a otras, de suerte que, cuando todos hubieron almorzado, tantas personas acudieron al castillo, que apenas cabían y con deseo esperaban ver aquella pluma. Fray Cebolla, tras almorzar bien y dormir un poco, levantóse un tanto después de nona y, advirtiendo la gran multitud de campesinos que acudían a ver la pluma, mandó a Guccio Imbratta que se presentase con la campanilla y le llevase sus alforjas. Apartóse Guccio, con trabajo, de la cocina y de Nuta, y allá fue con lo pedido. Llegó jadeando, porque se había hartado de beber agua y, por orden de fray Cebolla, se colocó en la puerta de la iglesia y comenzó a tocar con fuerza la campanilla. Y cuando todo el pueblo estuvo congregado, fray Cebolla, sin reparar en que hubiesen tocado cosa suya, empezó un sermón muy prolijo. Y al ir a mostrar la pluma del ángel Gabriel, tras hacer con mucha solemnidad la confesión, mandó encender dos antorchas y, desenvolviendo suavemente el enfajado, después de quitarse el bonete, sacó la cajita. Dijo primero algunas palabras en loa y encomio del ángel Gabriel y de su reliquia, y abrió la caja. Mas cuando la vio llena de carbón no sospechó que esto lo hubiese hecho Guccio Ballena, porque no le tenía por hombre de tanto, ni le maldijo por tan mal haber guardado sus cosas, sino que se censuró a sí mismo, que le había encomendado la custodia de sus efectos, sabiéndole descuidado, negligente, desobediente y desmemoriado. Pero, sin demudarse, enalzando el rostro y las manos al cielo, dijo con voz potente:

—¡Loada sea siempre, oh Dios, tu potencia!

Y cerró la cajita y, dirigiéndose al pueblo, dijo:

—Señores y señoras, habéis de saber que, siendo yo todavía muy mozo, fui mandado por mi superior a las regiones por las que el sol sale, y llevé el expreso mandato de buscar, hasta que los encontrase, los privilegios de Porcelana, los cuales, por ser indulgencia gratuita, serían mucho más útiles para los demás que para nosotros. Y, partiendo de Venecia, pasé por el Burgo de los Griegos y desde allí cabalgué por el reino de Algarbe y por Baldacca, y llegué a Parlón, desde donde, no sin sed, alcancé Cerdeña. Mas, ¿por qué he de describiros todos los países por los que ambulé? Pasado el brazo de San Jorge, estuve en Traffia y en Buffia, países habitados de muchas gentes, y llegué a las tierras de Mentira, donde encontré a muchos frailes de mi Orden y de otras, todos los cuales, por amor de Dios, andaban huyendo de las incomodidades, curándose poco de las fatigas ajenas cuando de obrar así les dimanaba utilidad, y no gastando otro dinero que moneda sin cuño. Y de allí fui a la tierra de los Abruzzos, donde hombres y mujeres andan en zuecos por los montes y revisten a los cerdos con sus propias tripas, y poco más allá encontré gentes que llevaban el pan en barriles de vino y el vino en sacos. Y luego vine a las montañas de los vascos, donde todas las aguas corren hacia bajo. Y tanto, en resumen anduve, que llegué a los países de la India Pastinaca, donde por el hábito que visto os juro que vi volar los plumíferos, cosa increíble para quien no lo haya visto jamás. Pero no me dejaré mentir Maso del Saggio, gran mercader a quien hallé allí y que cascaba nueces y vendía conchas al por menor. Pero no pudiendo encontrar lo que buscaba, ya que del país indio hacia más allá se va por agua, volví sobre mis pasos y llegué a Tierra Santa, donde en estío vale el pan frío cuatro dineros y el caliente lo dan por nada. Y allí encontré el venerable padre Nomerreprochéis Siosplace, dignísimo patriarca de Jerusalén. El cual, por respeto al hábito que siempre he llevado del barón micer san Antonio, quiso que yo viese todas las santas reliquias que consigo tenía, y que eran tantas que, si os las quisiera contar, no pararía en varias millas. Mas, por no desconsolaros, de algunas os hablaré. Me mostró primero un dedo del Espíritu Santo, tan entero y sano como el primer día; y el hociquillo del serafín que se le apareció a san Francisco; y una uña de querubín; y unos vestidos de la Santa Fe Católica; y algunos rayos de la estrella que se les apareció a los tres Magos en Oriente; y una botella con el sudor vertido por san Miguel cuando combatió con el diablo; y la mandíbula de san Lázaro; y otras cosas. Y porque yo le hice de balde algunas copias de las plagas de Monte Morello en estilo vulgar, y de algunos capítulos del Caprezio, los cuales con gran ahínco andaba buscando, me hizo copartícipe de sus santas reliquias, y me dio un diente de la Santa Cruz, y un frasquito con un tantico del son de las campanas del templo de Salomón, y la pluma del ángel Gabriel de la que ya os he hablado, y una sandalia de san Gerardo de Villamagna, la cual no ha mucho, en Florencia, doné a Gerardo de Bonsi, que la tiene en gran devoción, y todas las tengo. Verdad es que mi superior no ha consentido que las muestre hasta que se certifique si son o no auténticas. Pero ahora que han hecho ciertos milagros, y según cartas enviadas por el patriarca acreditando la certeza de estas reliquias, ya puedo enseñarlas y, temeroso de fiarlas a otros, siempre las llevo conmigo. Tanto es así, que suelo llevar la pluma del ángel Gabriel en una cajita y los carbones en otra, y tan semejantes la una a la otra son, que a veces las confundo, y eso me ha sucedido ahora. Porque, creyendo traer la cajita donde estaba la pluma, os he traído la que contiene el carbón. Aunque no lo tengo a error, sino a manifiesta voluntad de Dios, que de fijo ha puesto él mismo la cajita de carbón en mis manos a fin de recordarme que la fiesta de san Lorenzo es de aquí a dos días. Y, queriendo Dios que, yo, al mostraros los carbones con que tostaron al santo, reanimase en vuestras almas la devoción

que debéis tenerle, no la pluma que yo pensaba, sino los benditos carbones apagados por el humor de aquel santo cuerpo me hizo coger. Y así, hijos míos, destocaos devotamente y aprestaos a verlos. Pero antes quiero que todos sepáis que aquel que con uno de estos carbones se santigüe puede vivir seguro de que en todo el año no tocará fuego sin sentirlo.

Y, tras esto, entonó los loores de san Lorenzo y abrió la caja de los carbones. Y después que la sandia multitud con mucha devoción los hubo contemplado, fray Cebolla vio cómo todos con gran celo se aproximaban a él, entregándole ofrendas mayores que las de costumbre; y todos le rogaban que les dejase tocar el carbón. Fray Cebolla, pues, empuñando algunos de los carbones, sobre sus blancas camisolas y jubones, y sobre los velos de las mujeres, trazó las mayores cruces que en las prendas podían caber, afirmando que si los carbones menguaban al hacer aquello una vez en la cajita crecían de nuevo, como él muchas veces lo había experimentado. Y habiendo de tal guisa, y no sin grandísima utilidad suya, persignado a todos los certaldenses, con semejante invención burló a los que, quitándole la pluma, pensaban burlarse de él. Los cuales, habiendo estado presentes a la prédica y oído la argucia aplicada por el fraile, y las largas palabras con la que la acompañó, rieron hasta desquijarse. Y cuando la multitud hubo partido, acercáronse a él y con gran regocijo le descubrieron lo que habían hecho, y le devolvieron la pluma, que al año siguiente le valió no menos que aquél los carbones.

Aquella narración produjo por igual a todos gran deleite y solaz y todos rieron mucho con fray Cebolla, y en especial con su peregrinaje y con las reliquias que vio y recogió. Y viendo la —reina que acababa el cuento y a la par su señorío, levantándose se quitó la corona, y riendo, la puso a Dioneo en la cabeza, y le dijo:

—Hora es, Dioneo, de que pruebes lo que es tener mujeres a tu cargo y gobierno. Sé, pues, rey y rígenos tan sabiamente que cuando finalice tu mando hayamos de loarlo.

Dioneo tomó la corona y, riendo, repuso:

—Muchas veces habréis visto reyes de ajedrez de más gravedad que yo, y por cierto que si me obedecieseis como a un verdadero rey se debe, yo os haría gozar de aquello sin lo que no hay fiesta completa. Pero dejemos esto; que yo os regiré lo mejor que sepa.

Y haciendo acudir al mayordomo, según la costumbre usada, le dijo con todo orden lo que había de hacerse durante su regiduría; y luego habló así:

—Apreciadas amigas: de diversas maneras, acerca de la humana industria y sus varios casos se ha razonado, al punto de que si Licisca no hubiera hace un rato venido aquí, dándome materia con sus palabras para los razonamientos de mañana, no habría sin trabajo encontrado tema de que discurrir. Ya oísteis que, según ella, no hay mujer que se case doncella, y aun añadió que sabía cuántas y cuáles burlas hacen las casadas a los maridos. Pero, dejando la primera parte, que es cosa muchachil, reputo que debe ser placentero discurrir de la segunda. Por lo que quiero que mañana se hable, ya que Licisca nos ha dado motivo, de

las burlas que por amor o para salvarse hacen las mujeres a sus esposos, sabiéndolo ellos o no.

El razonar sobre tan espinosa materia les pareció a algunas que no les convenía y rogáronle que mudase su propósito. A lo que el rey repuso:

—Mujeres, tanto conozco lo que he mandado como lo que soléis hacer vosotras, y no me apartaré de mi decisión, aleguéis lo que aleguéis, ya que el tiempo es tal que, siempre que hombres y mujeres miren de no obrar deshonestamente, todo discurso es lícito. ¿No sabéis que, por la perversidad de esta época, los jueces han dejado los tribunales, las leyes divinas y humanas callan, y se concede a todos amplia licencia para conservar la vida? De suerte que si alguna licencia se toma, al hablar, vuestra honestidad, no es fuerza que ello de obras sea seguido, sino que esto se hace por deleitaros y deleitarnos, y no veo que pueda por ello tener nadie motivo en el porvenir para reprenderos. Además, vuestra reunión ha sido honestísima hasta ahora, porque, háyase dicho lo que se dijere, no creo que con acto alguno malo se haya maculado ni, con la ayuda de Dios, se haya de macular. Por ende, ¿quién no conoce vuestra honestidad? La cual no creo que pueda ser dañada, no ya por tener discursos divertidos, mas ni siquiera por el temor de la muerte. Y, a decir verdad, el que supiese que habíais cesado en estas pláticas de regodeo, tal vez sospechara que, por haber pecado, con los coloquios queríais cejar.

Cuando las damas lo oyeron dijeron que se haría lo que él quisiese. Y el rey dio licencia a todos hasta la hora de cenar. Aún estaba el sol muy alto, por haber el razonamiento sido breve, por lo que, habiéndose Dioneo puesto con los otros jóvenes a jugar a las tablas, Elisa, llamando aparte a las demás mujeres, les dijo:

—Desde que estamos aquí he deseado llevaros a un paraje vecino, donde no creo que hayáis estado ninguna, y al que llaman el Valle de las Damas, mas no veo ocasión de que allí vayamos si no es hoy, en que el sol está muy alto aún. Así que, si os place venir, no dudo de que, cuando lleguemos, os contentará el paseo.

Las mujeres respondieron que estaban prestas. Y, llamando a una de sus criadas, sin decir nada a los hombres se pusieron en camino y no habían andado una milla cuando al valle llegaron. Y entraron en él por un angosto sendero a uno de cuyos lados corría un claro arroyuelo, y vieron el lugar tan bello y deleitoso, sobre todo en aquel tiempo de calor, como no se pudiera imaginar. Y, según alguna de ellas me dijo más adelante, la parte llana de aquel valle era tan redonda como hecha a compás, aunque artificio de la naturaleza y no manual pareciese. Tenía de circunferencia poco más de media milla y la rodeaban seis altozanos, y en la cumbre de cada uno se veía un palacio en forma de castillete. Las laderas de las colinas descendían gradualmente hacia la planicie, como se ven las graderías en los teatros, siempre disminuyendo hacia la cúspide. Y esas laderas, o, mejor, las que miraban al mediodía, estaban todas plantadas de viñas, olivos, almendros, cerezos, higueras y otros muchos árboles cargados de fruta. Las que miraban a la parte de la Osa Mayor estaban llenas de bosquecillos de encinas, fresnos y otros árboles tan verdes como elevados. El llano, que no tenía más entrada que la empleada por las mujeres, abundaba en abetos, cipreses, laureles y algunos

pinos tan ordenados y compuestos como si los hubiese plantado el mejor artífice jardinero. El sol, aunque alto, poco o nada penetraba en sus frondas hasta el suelo, el cual estaba cubierto de una hierba finísima llena de flores purpurinas y de otras clases. Y, además, lo que no producía menos placer era un riachuelillo que desde una de las quebradas que las colinas dividían caía por un lecho de piedra viva, dejando oír un rumor grato al oído y esparciendo un salpicar de agua que a lo lejos viva plata parecía. Y al llegar a la pequeña planicie, recogíalo un bello canalillo que por la llanura discurría velocísimo hasta formar un laguito análogo a los estanques que hacen en sus jardines los ciudadanos que entienden de esto. No tenía aquel laguito más profundidad que la correspondiente a la altura del pecho de un hombre y, sin tener en sí mixtura alguna, mostraba un fondo de menudísima grava. No sólo al mirar se veía el fondo, sino muchos peces que de un lado a otro discurrían, poniendo maravilla en el ánimo. No cerraba el estanque otro borde que el suelo del prado, mucho más bello allí a merced de la humedad. El agua que sobraba de la capacidad del lago pasaba a otro canalillo que, saliendo del vallecito, se dirigía a otras partes más bajas.

Cuando allá llegaron las jóvenes, luego de que todo lo vieron y alabaron, como el calor era grande, y tenían delante el lago, y no creían ser vistas, resolvieron bañarse. Y mandando a la criada que estuviese atenta al camino por si alguno entraba, las siete se desvistieron y pasaron al agua, que no las cubría más que a una bermeja rosa un sutil vidrio. Y ya dentro, sin enturbiar el líquido, iban de un lado a otro en pos de los peces, que ni tenían dónde esconderse, ni querían dejarse atrapar. Cogieron, no obstante, algunos y, tras mucho regocijo, después de entretenerse un tanto, salieron de allí, y no pudiendo encomiar el paraje más de lo que ya lo habían encomiado, pareciéoles hora de volverse a casa y se pusieron en camino a paso medurado, hablando mucho del valle. Llegaron al palacio bastante pronto y encontraron a los jóvenes jugando, tal como los habían dejado. Y Pampinea, riendo, les dijo:

—Hoy os hemos engañado.

—¿Cómo? —dijo Dionea—. ¿Comenzáis a obrar antes de hablar?

Dijo Pampinea:

—Sí, señor.

Y extensamente narró de dónde venían, y describió el paraje, y lo que de allí distaba, y lo que habían hecho. El rey, al oír tratar de la belleza de tal sitio, quiso verlo y mandó preparar pronto la cena. Y cuando con agrado la hubieron concluido, los tres mancebos, con sus criados, al valle fueron, dejando a las mujeres, y, después de considerarlo todo, en el que no estuvieron jamás, les pareció el tal punto el más bello del mundo, ya que nunca habían visto nada mejor. Y luego de bañarse volvieron a vestirse, porque ya se hacía tarde, y volvieron a casa, donde encontraron a las mujeres entregadas a una danza en círculo al son de unas estrofas que entonaba Fiammetta, y cuando la danza acabó, todos hablaron del Valle de las Damas y lo elogiaron mucho. Por lo que el rey, haciendo llamar al mayordomo, le mandó que al día siguiente aprestase allí lo oportuno, y aun llevase algún lecho por si alguien quería dormir la siesta o descansar. Y luego hizo traer luces, vinos y dulces y, una vez que los probaron,

dispuso que todos bailasen. E, iniciando por su orden Pánfilo una danza, el rey volvióse a Elisa y le dijo apaciblemente:

—Bella joven, tú me honraste hoy con la corona y yo quiero ahora honrarte con las primicias de la canción. Di, pues, la que te plazca.

Elisa, sonriendo, respondió que con gusto lo haría y con suave voz comenzó de esta guisa:

Si alguna vez me libro de tus redes,

Amor, nunca imagino

que me pueda sumir en otra trampa.

Siendo muy joven me alisté en tu guerra,

suponiéndola paz suprema y dulce,

y al suelo todas arrojé mis armas

como hace el que se fía.

Mas tú, tirano cruel y riguroso,

sobre de mí viniste

con tus armas buidas aprestado.

Por tus cadenas luego circundada,

al que ha nacido para muerte mía,

llena de amargas lagrimas y penas,

presa me diste, y sufro en sus mazmorras

tan cruel sojuzgamiento,

que para conmoverle

los llantos y suspiros poco valen.

Mis ruegos todos se los lleva el viento;

nadie me escucha, nadie quiere oírme

y de hora en hora crece mi tortura.

Vivir me angustia y a morir no acierto.

Conduélete, señor, de mi congoja

y haz tú, pues yo no puedo,

que él venga a mí prendido en tus cadenas.

Con un lastimero suspiro Elisa dio fin a su cantar, y, aunque todos se maravillaron de él, ninguno comprendía sus razones. Luego, el rey, que estaba de buen talante, hizo llamar a Tíndaro y le encargó que trajese su cornamusa, a cuyo son mandó bailar muchas veces. Pero, como ya había pasado mucha parte de la noche, ordenó a todos que fuesen a dormir.

Un celoso, a guisa de sacerdote, confiesa a su mujer, la cual le hace saber que ama a un sacerdote que todas las noches acude a verla. Y mientras el celoso, ocultamente, vigila la puerta, la mujer hace entrar a su amante por el tejado y con él se refocila.⁹

PUSO fin Laurita a su razonamiento y todos alabaron a la mujer que había procedido como a aquel cuitado convenía; y el rey, por no perder tiempo, se volvió a Fiammetta y risueñamente le mandó que contase algo, con lo que ella comenzó así:

—Nobilísimas mujeres: el precedente relato me inclina a hablar análogamente de un celoso, porque estimo que lo que a éstos les hacen sus mujeres, sobre todo cuando sus celos son infundados, es cosa bien hecha. Porque si quienes redactan las leyes lo hubiesen mirado todo, juzgo que en este caso no debieran aplicar a las mujeres otra pena que la que se aplica a los que ofenden en defensa propia, ya que los celosos encizañan la vida de las jóvenes y diligentemente procuran su muerte. Sí, que ellas pasan toda la semana encerradas, atendiendo a las faenas familiares y domésticas, y deseando, como todos, tener los días de fiesta algún recreo y quietud, o bien algún ejercicio, como hacen los labriegos del campo, los artesanos de la ciudad y los regidores de los tribunales. Por algo mandó Dios que al séptimo día todos de sus fatigas reposasen, y quieren las leyes santas y las civiles que, en honor de Dios, y bien común de todos, haya días de labor distintos de los de descanso. En lo cual no consienten los celosos, sino que los días que son para los demás de contento, ellos hacen a sus mujeres, encerrándolas más aún, sentirse más míseras y dolidas, lo que consume a las cuitadas tanto como sólo saben las que lo han experimentado. Por lo que, en conclusión, los tuertos que hace una mujer a un marido celoso no deben condenarse, sino encomiarse.

Había en Rimini un mercader muy rico en dineros y posesiones, el cual, teniendo por esposa una mujer bellísima, hízose de ella desmedidamente celoso, sin otra razón que la de amarla mucho y parecerle muy hermosa. Y como sabía que ella se esforzaba por todos los medios en complacerle, estimaba que todos la amaban y que a todos parecía bella, y aun que procuraba placer a los demás, como a él. Y, en su encelamiento, tanto la guardaba y tan estrechamente, que acaso los condenados a pena capital no sean más guardados por sus carceleros. No sólo no podía la mujer ir a fiestas, bodas o iglesias, sino que no podía poner el pie fuera de casa ni asomarse a la ventana, con lo que llevaba pésima vida, y con tanta más impaciencia soportaba esta aflicción cuanto menos culpable se sentía. Por lo que, como consuelo, resolvió que, si

⁹ Jornada séptima: burlas que por amor o por miedo, hacen las mujeres a sus maridos, con o sin el conocimiento de ellos.

encontraba modo, haría que su esposo tuviese celos con motivo, y como no podía asomarse a la ventana ni de este modo mostrar su contento por el amor de cualquiera que pasando se lo demostrase, y sabiendo que en la casa contigua había un joven hermoso y agradable, pensó que si en la pared medianera había alguna hendidura, podría mirar por ella y ver al joven, y hablarle, y darle su amor si él lo quería recibir, y si encontraba oportunidad, avistarse con él alguna vez, conllevando de este modo su mísera vida hasta que el diablo le quitase de encima a su celoso marido. Y así, cuando el marido no estaba, andaba de un sitio a otro reconociendo la pared, y al fin dio, en un lugar bastante secreto, con una resquebrajadura, mirando por la cual pudo, mal o bien, discernir que comunicaba con una cámara, y se dijo:

«Si ésta es la alcoba de Felipe —que tal era el nombre del joven vecino—, ya habré andado medio camino». Y cautelosamente hizo que una criada suya de confianza mirase por el agujero y encontró que en verdad el joven dormía allí, y solo. Iba, pues, a menudo a la hendidura, y cuando oía al joven, hacía caer piedrecitas hasta que él, por ver qué pasaba, acudió. Llamóle ella, y él, que conocía su voz, le respondió, y la mujer, en breve espacio, toda se le franqueó, de lo que el mozo quedó muy contento, por lo cual empezó a ensanchar el orificio por su lado, aunque procurando que nadie lo notase. Y por allí a menudo se hablaban y tocábanse las manos, si bien no podían ir más adelante a causa de la estrecha vigilancia del celoso. Y, acercándose las fiestas de Navidad, dijo la mujer al marido que, si a él le placía, quería ir la mañana de Pascua a la iglesia y confesar y comulgar como los demás cristianos, a lo que dijo el celoso:

—¿Qué pecados tienes, que quieres confesar?

—¿Acaso me crees una santa? Aunque me tengas recluida, bien sabes que peco como los demás, mas no te diré mis pecados a ti, que no eres sacerdote.

El celoso entró en sospecha con estas palabras y resolvió averiguar los pecados de su mujer, y meditó en el modo de conseguirlo. Repuso, pues, que la autorizaba, pero que no quería que fuese a otra iglesia que a la capilla que ellos frecuentaban, ni confesara más que con su capellán o con algún sacerdote que el capellán le recomendase, y no con otro, volviéndose luego a casa. Parecióle a la mujer entender algo, pero sin nada hablar condescendió. Y a la mañana de Pascua la mujer se levantó con la aurora y fue a la iglesia que le impuso su marido. El celoso, a su vez, había ido a la misma iglesia, y entró antes que ella y, acordando con el cura lo que quería hacer, púsose una de las sotanas del sacerdote y un gran capuchón como los que solemos ver que los confesores usan, y, echándose muy hacia delante, se sentó en el coro. La mujer, al llegar a la iglesia, buscó al cura, el cual vino y, oyendo que ella quería confesar, dijo que no podía atenderla, pero que le enviaría a un compañero y, yéndose, mandó al celoso en busca de su desventura. Llegó él muy grave, mas, aunque no fuese el día muy claro y él se hubiera calado la capucha mucho, no dejó su mujer de reconocerle y se dijo: «Loado sea Dios, que éste de celoso se ha convertido en preste. Pero dejémosle hacer, que yo le daré lo que busca». Y, fingiendo no conocerle, se acercó. Micer el celoso se había metido unas piedrecitas en la boca para disimular el habla y ser menos reconocido por su mujer, ya que en lo demás se creía tan disfrazado que ella no le conocería. Y pasando a la confesión, la mujer, entre otras cosas, le dijo cómo se había casado y que estaba muy enamorada de un

sacerdote que iba todas las noches a yacer con ella. Cuando el celoso oyó esto, parecióle sentir una cuchillada en el corazón y, de no aguijonearle la curiosidad de saber más, habría abandonado la confesión y marchádose. Pero, manteniéndose firme, preguntó a la mujer:

—¿Pues cómo? ¿No cohabita vuestro esposo con vos?

—Sí, señor —respondió la mujer.

—Entonces —dijo el celoso—, ¿cómo yacéis también con el sacerdote?

—Señor —dijo ella—, no sé con qué arte lo hace el cura, pero no hay en casa puerta tan cerrada que no se le abra cuando él llama a ella y me afirma que, cuando viene a la de mi alcoba, dice ciertas palabras con las que mi marido se adormece, y cuando lo siente dormido, abre y está conmigo y esto ocurre siempre.

—Muy mal está eso, señora, y debierais de ello apartaros —dijo entonces el celoso.

A lo que dijo la mujer:

—Micer, no creo poder hacerlo, porque le amo en demasía.

—Entonces —dijo el celoso— no puedo absolveros.

—Lo siento mucho, pero no he venido para mentiros, y si creyese poder hacerlo, lo diría.

—En verdad, señora, que me duele veros en trance de perder el alma, pero yo, para serviros, oraré especialmente a Dios por vos, y de vez en cuando os enviaré un monaguillo de mi confianza para saber si mis rezos os sirven de algo; y si así es, continuaremos en la obra.

—No mandéis a casa a nadie, señor, porque si mi marido lo supiese, como es tan celoso, nadie le sacaría de la cabeza que se iba allí por mal y no dejaría de tener con él un percance.

—Por eso no temáis, señora, que yo lo haré de tan hábil manera, que nunca él os dirá palabra —dijo el celoso.

—Si a eso os inclináis, huélgome 25 holgar se alegrarse[25] de ello.

Y hecha la confesión y ordenada la penitencia, se levantó y fue a oír misa. El desventurado celoso se marchó, bufando, a quitarse las ropas del sacerdote y se volvió a casa trazando medio de encontrar juntos a su mujer y al cura, para hacerles un mal tercio a entrambos. La mujer, al tornar de la iglesia, bien vio, por el rostro de su marido, que le había dado malas pascuas, aunque él se esforzaba cuanto podía en ocultar lo que había hecho y lo que creía saber. Y, acordando entre sí estar a la noche siguiente junto a la puerta de la calle y esperar la llegada del cura, dijo a su mujer:

—Esta noche tengo que cenar y dormir fuera, y así cerraré bien la puerta de la calle, y la de mitad de la escalera, y la de la habitación, y tú, cuando te parezca, te acuestas.

—Está bien —respondió la mujer.

Y, a su tiempo, fuese al agujero e hizo la señal convenida y Felipe, al oírla, acudió presto y la mujer le expuso lo que había hecho por la mañana y lo que le dijo su esposo de cenar fuera, y añadió:

—Segura estoy de que no saldrá de casa, sino que se pondrá de guardia en la puerta, de suerte que tú busca modo de venir esta noche por el tejado, para que estemos juntos.

—Dejadme eso a mí, señora —repuso el joven, regocijado.

A la noche, el celoso, con sus armas, se escondió sigilosamente en una estancia del piso bajo, y la mujer, después de cerrar todas las puertas, y en especial la de mitad de la escalera, para que el celoso no pudiera subir, cuando le pareció ocasión esperó al joven, el cual llegó por recatado camino, y fuéronse al lecho, refocilándose el uno con el otro, y al venir el día el joven se tornó a su casa. El celoso, mohíno y sin cenar, muerto de frío, casi toda la noche pasó junto a la puerta, aguardando la llegada del sacerdote, y al acercarse el día, no pudiendo resistir más, en la misma estancia en que estaba se puso a dormir. Levantóse cerca de la hora tercia, cuando ya la puerta de la casa estaba franca y, fingiendo venir de otra parte, subió a su morada y almorzó. Y a poco, enviando un muchachuelo que dijo ser el monaguillo del confesor, preguntó este mozo a la mujer si aquel que ella sabía había acudido. La mujer, que bien conoció el engaño, dijo que no había ido y que, si así empezaba a obrar, bien podía ser que se le fuera de la mente, aun a pesar suyo.

¿Qué más voy a decir? Muchas noches estuvo el celoso queriendo atajar al sacerdote en la puerta mientras la mujer se deleitaba con su amante, y el celoso, harto al fin, preguntó, con turbado rostro, a su mujer qué había dicho al sacerdote la mañana de su confesión. La mujer repuso que no se lo quería decir, por no ser ello cosa honesta ni conveniente. Y el celoso dijo:

—Mala mujer, a despecho de todo, sé lo que le dijiste y has de saber que, o me dices quién es el cura del que estás enamorada y que contigo yace todas las noches merced a ensalmos, o te rajaré las venas.

La mujer dijo que no estaba enamorada de sacerdote alguno.

—¿Cómo? —dijo el celoso—. ¿Pues no se lo dijiste así al sacerdote que te confesó?

—Aunque él no lo dijera hubiera bastado, para saberlo, que estuvieses presente, mas en verdad que se lo dije —dijo la mujer.

—Dime pronto entonces —dijo el celoso— quién es ese cura.

La mujer, sonriendo, respondió:

—Mucho me satisfago cuando a un hombre discreto como tú una mujer sencilla como yo le lleva cual se lleva a un carnero por los cuernos hasta el matadero. Verdad es que, si discreto fuiste, desde que dejaste entrar en tu pecho el maligno espíritu de unos celos sin causa, dejaste de serlo, y cuanto más cerril y sandio eres tú, menor es el mérito mío. ¿Crees, marido, que soy tan ciega de los ojos de la cara como lo eres tú de los de la mente? No, y como veo, vi quién fue el cura que me confesó y supe que eras tú. Pero se me antojó darte lo que buscabas,

y te lo di, y si tú fueses tan prudente como crees serlo, no habrías de tal modo intentado conocer los secretos de tu buena esposa. Y, de no ser por tus vanas sospechas, habrías advertido que yo te decía la verdad sin haber en modo alguno pecado. Te dije que amaba a un sacerdote, ¿y no te habías tú, a quien con gran sinrazón amo, héchote sacerdote? Te dije que ninguna puerta de mi casa podía cerrarle cuando conmigo quería yacer, ¿y qué puerta te han cerrado nunca cuando tú has querido ir dónde yo estuviera? Te dije que el sacerdote yacía todas las noches conmigo, ¿y acaso dejaste tú de yacer alguna? Y cada vez que tu monaguillo me mandaste, otras tantas sabes que conmigo no estuviste, y siempre te dije que el sacerdote no había acudido. ¿Qué hombre, por insensato que fuera, no siendo tú, a quien los celos han cegado, no hubiera entendido estas cosas? Y has pasado las noches en casa haciendo centinela a la puerta, tratando de hacerme creer que fuera cenabas y dormías. Vuelve sobre ti y sé hombre como lo eras y no hagas que se mofe de ti quien como yo te conoce, y deja en paz esa guardia que haces, porque juro a Dios que si se me antojase ponerte los cuernos, aunque tuvieses cien ojos en vez de dos sabría hacer mi voluntad sin que lo advirtieses.

El cuitado celoso, que creía haber muy astutamente averiguado el secreto de su mujer, se sintió chasqueado al oír aquello y, sin contestar, tuvo a su mujer por buena y discreta, y entonces que le eran menester los celos, de ellos se despojó, como de ellos se revistió cuando no los necesitaba, por lo que la hábil mujer, casi del todo autorizada a cumplir sus placeres, sin hacer entrar a su amante por los tejados, como los gatos, sino por la puerta, muchas veces, obrando con discreción, con él se regodeó a su gusto.

Calandrino, Bruno y Buffalmacco andan por el Mugnone en busca de la Helitropía, y cree golondrino haberla encontrado. Vuelve a su casa cargado de piedras, repréndele la mujer, y él, mohíno, la apalea y cuenta a sus compañeros lo que ellos saben mejor que él.¹⁰

TERMINADA la novela de Pánfilo, que tanto hizo reír a las mujeres, que mucho rato siguieron riendo, la reina mandó a Elisa que prosiguiera. Y ella, riendo, comenzó así:

—No sé, agradables mujeres, si con un cuentecillo tan verdadero como donoso, os haré reír tanto como con el de Pánfilo, pero lo procuraré.

En nuestra ciudad, que siempre de cosas varias y gentes insólitas ha sido abundante, hubo, aún no hace mucho tiempo, un pintor llamado Calandrino, hombre simple y de raras costumbres, el cual pasaba la mayor parte de su tiempo con otros dos pintores llamados Bruno y Buffalmacco, hombres muy sociables, además de sagaces y avisados. Trataban con Calandrino porque su simplicidad solía producirles regocijo. Había también entonces en Florencia un mancebo muy placentero y astuto, y diestro en cuanto quería hacer, al que llamaban Maso del Saggio. Habiendo éste oído algunas cosas de la poca mollera de Calandrino, resolvió deleitarse con sus ocurrencias, haciéndole alguna mofa o llevándole a creer alguna cosa extraña. Y encontrándole un día en la iglesia de San Juan, y viéndole atento a mirar las pinturas y esculpidos del tabernáculo que hay encima del altar de dicha iglesia, y que no hacía mucho que había sido puesto allí, pensó haber encontrado lugar y momento de cumplir su intención. Informó a un compañero suyo de lo que se proponía hacer y los dos se acercaron adonde a solas estaba Calandrino y, fingiendo no verle, comenzaron a razonar de la virtud de las distintas piedras, de las que hablaba Maso tan autoritariamente como si fuese un solemne y gran lapidario.

Puso oído Calandrino a aquellos discursos, y, pareciéndole que no eran secretos, tras un tiempo levantóse y se unió a los platicantes. Mucho agradó ello a Maso. Siguió éste sus palabras y Calandrino le preguntó dónde se encontraban piedras de tan rara virtud. Maso repuso que la mayoría procedían de Berlizón, en la tierra de los vascos, en un país llamado Bengodi, lugar en que se atan las cepas con salchichas y donde por un dinero se compra una cosa y, de añadidura, un pato. Y hay allí una montaña de queso parmesano rallado, en la cual sólo hay gentes ocupadas en hacer macarrones y pastas, para cocerlos en caldo de capones.

¹⁰ Jornada octava: burlas que con frecuencia se hacen hombres y mujeres entre sí.

Y luego lo echaban todo abajo, y quien más cogía más tenía. Corría al lado un arroyo de vino pardillo, del mejor que se bebe.

—¡Oh —dijo Calandrino—, buen país es éste! Pero, dime: ¿qué se hace con los capones que esa gente cuece?

—Los vascos se los comen.

—¿Has estado tú allí alguna vez? —preguntó Calandrino.

—¿Si he estado alguna vez? Y aun mil —repuso Maso.

—¿Y cuántas millas dista eso?

—Hay hasta más de millanta, que toda la noche canta.

—Debe de estar más allá de los Abruzzos —dijo Calandrino.

—Un tantico más allá —respondió Maso.

El simple Calandrino, viendo a Maso decir aquellas palabras sin reír, diole tanta fe como a la verdad más manifiesta. Y dijo:

—Muy lejos está eso para mí. Pero si más cerca estuviese, te digo que alguna vez iría allá contigo, aunque no fuese más que para ver llover esos macarrones y hartarme de ellos. Pero, dime, así Dios te bendiga: ¿no hay en este país ninguna de esas piedras de tal virtud?

A lo que Maso repuso:

—Sí: dos clases de piedra de grandísima virtud se encuentran aquí. Unas son las de Settignano y de Montisci, en virtud de las cuales, cuando se maquila, se hace la harina, y por eso se dice en esas regiones que de Dios viene la gracia y de Montisci las muelas. Pero como de éstas hay gran cantidad, son poco apreciadas, como pasa con las esmeraldas, de las que existen montañas más altas que Monte Morello y que relucen de noche como Dios sabe. Y has de saber que quien tallase bien las piedras de amolar y engastase en anillos y las llevara al sultán, recibiría todo lo que quisiera. La otra piedra que digo es eso que los lapidarios llaman helitropías, piedras de gran virtud, que quien las lleva encima, mientras las tiene, no es de ninguna persona visto donde no está.

—¡Grandes virtudes son éstas! Y esa segunda piedra ¿dónde se halla? —preguntó Calandrino.

A lo que repuso Maso que en el Mugnone se solían encontrar.

—¿De qué color es la tal piedra y qué tamaño tiene?

—Las hay de varios tamaños, unas mayores y otras menores, mas todas son de un color similar al negro.

Calandrino, habiendo anotado en su mente todas estas cosas, fingió tener otra que hacer y se propuso buscar aquella piedra; pero resolvió no hacerlo sin avisar a Bruno y a Buffalmacco, a quienes muy particularmente estimaba. Diose, pues, a buscarlos para que sin demora, y antes de que nadie se les anticipase, fuesen en pos de la preciosa piedra, y todo el resto de la mañana consumió en tratar de hallarlos. Al fin, pasada ya la hora de nona, recordando que ambos trabajaban en el monasterio de las monjas de Faenza, dejó todas sus ocupaciones y casi corriendo, a pesar del grandísimo calor, se fue a buscarlos. Y, llamándolos, les dijo así:

—Compañeros, si me creéis podemos hacernos los hombres más ricos de Florencia, porque he oído a un hombre digno de fe que hay en el Mugnone una piedra que hace invisible a quien la lleva encima. Por lo que me parece que nosotros, sin dilación, debemos ir a buscarla, antes de que otro se nos adelante. La encontraremos con certeza, porque yo la conozco y, una vez hallada, ¿qué más tenemos que hacer sino echárnosla a la escarcela, e ir a las mesas de los cambistas, siempre llenas de florines y de moneditas de plata, y coger lo que nos antoje? Nadie nos verá, y podremos así enriquecernos repentinamente, sin andar todo el día embadurnando muros, como los limacos.

Al oírle, Bruno y Buffalmacco empezaron a reír para sí y, mirándose pusieron traza de maravillarse mucho y alabaron la opinión de Calandrino. Preguntó Buffalmacco qué nombre tenía aquella piedra. A Calandrino, que era hombre de tosca mollera, se le había ido de la cabeza el nombre, mas respondió:

—¿Qué importa el nombre, si sabemos su virtud? Me parece que, sin más, deberíamos ir a buscarla.

—¿Y cómo es? —preguntó Bruno.

Dijo Calandrino:

—Las hay de varias hechuras, pero son todas casi negras. Por lo que entiendo que debemos recoger todas las que negras veamos, hasta que demos con ella. Y para no perder tiempo, vayamos.

—Espera —dijo Bruno.

Y hablando a Buffalmacco, dijo:

—Me parece que Calandrino habla bien. Pero no juzgo que ésta sea hora oportuna, porque el sol está muy alto y da de lleno en el Mugnone y abrasa todas las piedras y las hace parecer blancas a todas. De modo que más valdrá ir por la mañana, antes de que el sol las emblanquezca. Y, además, mucha gente hay, por diversas razones, sobre todo hoy, que es día laborable, en el Mugnone; y si nos vieran, podrían adivinar lo que hacemos y hacerlo ellos

también, y pudiera la piedra venirles a las manos, y habríamos así dado el golpe en vago. Paréceme a mí, si os parece a vosotros, que esta obra debe hacerse muy de mañana, porque entonces las piedras negras se distinguen mejor de las blancas, y además hemos de ir en día de fiesta, para que no haya quien nos vea.

Alabó Buffalmacco la opinión de Bruno, y Calandrino abundó en ella, y dispusieron que a la mañana del domingo siguiente irían los tres en busca de la piedra. Pero Calandrino les rogó sobre todo que no hablasen de aquello con nadie, ya que a él se lo habían confiado en secreto. Y una vez que de esto discurrieron, les contó lo que oyó del país de Bengodi, afirmando que era verdad.

Cuando Calandrino marchó, los otros dos acordaron lo que debían hacer. Y Calandrino esperó con afán la mañana del domingo. La cual venida, se levantó con el alba y, llamando a sus compañeros, salieron por la puerta de San Galo y, llegando al Mugnone, empezaron a errar por allí en busca de la piedra. Iba Calandrino, como más ahincado, delante, y siempre que veía alguna piedra negra la cogía y se la guardaba en el seno. Los compañeros le seguían y de vez en cuando recogían alguna. Pero Calandrino, antes de mucho andar, tenía todo el pecho lleno de piedras, y así, alzándose las faldas de la sobrevesta, que no era flamenca, hizo de ellas amplio delantal y las llenó de piedras. Y luego hizo lo mismo con la capa y también de piedras la llenó. Y viendo Buffalmacco y Bruno que la hora del yantar se aproximaba y que estaba Calandrino muy cargado ya, dijo Bruno a Buffalmacco:

—¿Dónde está Calandrino?

Buffalmacco, volviéndose y mirando a un lado y a otro, dijo:

—No sé, mas ha poco que iba delante de nosotros.

—Poco hará, pero tengo para mí que debe ahora estar en su casa almorzando y nos ha dejado en la faena de andar buscando piedras negras por el Mugnone.

—Bien ha hecho —dijo a esto Buffalmacco— burlándonos y dejándonos, ya que tan necios fuimos que le creímos. ¿Quién hubiera sido tan necio, salvo nosotros, que creyese que en el Mugnone había piedra de tal virtud?

Calandrino, al oír tales palabras, imaginó que la piedra le había venido a las manos, por lo que, aunque estaba presente, ellos no le veían. Y satisfechísimo de tal aventura, nada dijo y pensó tornar a casa, y volviendo sobre su camino, empezó a regresar. Y Buffalmacco, al verlo, dijo a Bruno:

—¿Qué hacemos? ¿Nos vamos?

—Vayamos, pero juro a Dios que Calandrino no nos hará otra. Y si lo tuviese cerca, como lo he tenido toda la mañana, le daría con esa piedra tal golpe en los calcañares, que había de acordarse un mes de esta burla.

Y decir esto y asestar en el talón a Calandrino el golpe de que hablaba, fue todo uno. Calandrino, al sentir el choque, alzó el pie y comenzó a resoplar; pero no dijo nada, y siguió. Buffalmacco, dando vueltas a uno de los guijarros que había cogido, dijo:

—¡Buen guijarro! ¡Así le diese en los riñones a Calandrino!

Y, dejándole andar un rato, asestóle con él en los riñones un gran golpetón. Y de tal guisa, ora con una piedra, ora con otra, desde el Mugnone a la puerta de San Galo le vinieron lapidando. Y allí, tirando al suelo las piedras que cogieron, un rato con la guardia de las gabelas —a quienes habían avisado que dejaran pasar a Calandrino— se entretuvieron. Los guardas, bien informados, permitieron que Calandrino pasase como si no le viesan, no sin grandes risas. Y él, sin detenerse, llegó a su casa, que estaba cerca del Rincón del Molino. Y tanto favoreció la fortuna la burla, que mientras Calandrino anduvo junto al arroyo y después por la ciudad, persona alguna le dirigió la palabra, ya que encontró poca gente.

Entró Calandrino, con su carga, en su casa. Era su esposa, llamada Tessa, una mujer buena y hermosa, y algo mohína del largo retardo de su marido, al verle venir empezó a reprenderle, diciendo:

—¡El diablo te lleve hermano! Ya todo el mundo ha almorzado cuando tú vuelves a almorzar.

Al oír esto, Calandrino, comprendiendo que se le veía, lleno de enojo y dolor, comenzó a decir:

—¡Ah, malvada mujer! ¿Eres tú? Me has perdido, pero a fe de Dios que lo pagarás.

Y, subiendo a una salita, y descargando allí las muchas piedras que llevaba, corrió con encono hacia la mujer y, asiéndola por las trenzas, la tiró al suelo y tan de prisa como pudo menear brazos y piernas la colmó de puñadas y punterazos, sin dejarle cabello en la cabeza, ni hueso que no le machacara, sin que de nada valiera que ella le pidiese clemencia con las manos en cruz.

Buffalmacco y Bruno, después de reír algún rato con los guardias de la puerta, con lento paso siguieron de lejos a Calandrino. Y al llegar a su puerta percibieron el fiero aporreo que a su mujer propinaba y, fingiendo llegar entonces, llamaron. Calandrino, sudoroso, enrojecido y jadeante, asomóse a la ventana y les rogó que subieran. Ellos, mostrándose algo amoscados, lo hicieron así y vieron la sala llena de piedras, y en uno de los rincones a la mujer, desmelenada, greñosa, lívida y con el rostro maltrecho y llorando dolorosamente, mientras Calandrino, jadeante, se sentaba en una silla como hombre rendido. Y cuando todo lo hubieron mirado algún espacio, dijeron:

—¿Qué es esto, Calandrino? ¿Quieres hacer algún muro, que traes tantas piedras?

Añadieron:

—¿Y qué le pasa a la señora Tessa? ¿Por qué le has pegado? ¿Qué ocurre?

Calandrino, fatigado por el peso de las piedras y por la rabia con que había maltratado a la mujer, así como por el dolor de la ventura que le parecía haber perdido, no acertaba a articular palabras de respuesta. Por lo cual, Buffalmacco recommenzó:

—Si alguna ira tenías, Calandrino, no debiste desfogarte así. Ni tampoco debiste llevarnos contigo en busca de aquella piedra preciosa para, sin decirnos adiós ni al diablo, dejarnos como a dos sandios en el Mugnone y venirte.

A estas palabras Calandrino respondió, no sin esfuerzo:

—No os amosquéis, compañeros; que es el caso distinto a lo que pensáis. ¡Desventurado de mí, que he tenido esa piedra preciosa! Y para que veáis que os digo la verdad, sabed que cuando por mí os preguntasteis el uno al otro, yo no distaba de vosotros más de diez brazas, y como no veníais ni me veáis, junto a vosotros pasé y de continuo anduve ante vosotros.

Y les contó al pormenor lo que ellos habían hecho y dicho, y les mostró la espalda y el calcañar con las señales de las piedras. Y siguió:

—Al entrar por la puerta llevando en el seno todas esas piedras que veis aquí, nada me dijeron, a pesar de lo fastidiosos que son esos guardianes, que todo lo quieren ver. Además, he encontrado en la calle a varios compadres y amigos, que siempre suelen hablarme y convidarme a beber, y ninguno me dijo ni media palabra, porque no me veían. Hasta que, al llegar a casa, esta maldita mujer se me plantó delante y me vio, porque, como sabéis, las mujeres hacen perder la virtud a todo. Y así yo, que podía considerarme el hombre más venturoso de Florencia, he quedado siendo el más desventurado, y por esto la he aporreado tan de prisa como las manos he podido mover, y no sé cómo me tengo que no le siego las venas; que maldita sea la hora en que la conocí y la traje a esta casa.

Y, otra vez inflamado de ira, quería levantarse para volver a golpearla. Al oírle Buffalmacco y Bruno, fingían maravillarse y a menudo abundaban en lo que Calandrino decía y a duras penas reprimían la carcajada. Pero, al ver que se levantaba furioso, para otra vez moler a la mujer, se le pusieron delante y le contuvieron, diciendo que ella no tenía la culpa, sino él, que, sabiendo que las mujeres hacen perder la virtud a las cosas, no la había advertido que mirase de no ponerse a su paso en todo el día. Cuya previsión le había Dios quitado, o porque no conviniese que tal ventura fuese suya, o porque él había llevado el ánimo de engañar a sus compañeros, a los cuales, cuando la piedra encontró, debió advertirles. Y, tras muchas palabras, y no sin gran trabajo, la dolida mujer reconcilióse con él, y ellos, dejándole melancólico y con la casa llena de piedras, se marcharon.

El maestro Simón, a instancias de Bruno, Buffalmacco y Nelo, hace creer a Calandrino que esta frenado, y Calandrino, para las medicinas, entrega capones y dinero, y sana sin parir.¹¹

CUANDO Elisa concluyó su cuento dieron todas gracias a Dios por haber sacado con ventura a la joven monja de las insidias de sus envidiosas compañeras, y la reina mandó a Filóstrato que continuase. Y él, sin esperar nueva orden, comenzó:

—Bellísimas amigas: el insólito juez marqueño de que ayer os hablé me quitó de la boca una historieta de Calandrino que me proponía contaros. Y como lo que de Calandrino se hable no puede sino multiplicar el regocijo, aunque de él y de sus compañeros se haya razonado bastante, voy a relataros lo que ayer me proponía.

Ya se ha mostrado bastante claro quién era Calandrino y los demás de que en mi cuento debo discurrir, y por eso digo sin más que una tía de Calandrino murió y le dejó doscientas liras en monedita suelta. Por lo cual Calandrino comenzó a decir que quería comprar una finca y, como si fuese a gastar diez mil florines de oro, con cuantos corredores había en Florencia emprendía tratos que siempre se disipaban al llegar al precio. Bruno y Buffalmacco, que estas cosas sabían, le habían dicho muchas veces que mejor haría gastándose con ellos el dinero que no comprando tierra que no le serviría para nada; mas con todos sus ardides no habían conseguido, no ya lo propuesto, sino que ni una sola vez Calandrino les invitase a comer. Doliéndose de ello un día, y sobreviniendo un pintor compañero suyo, llamado Nelo, deliberaron entre los tres el modo de regodearse a expensas de Calandrino. Y, sin demora, y ya acordado lo que debían hacer, esperaron a Calandrino cuando éste salía de casa, y a los pocos pasos fue Nelo a su encuentro y le dijo:

—Buenos días, Calandrino.

Calandrino le respondió que Dios le diese buen día y buen año. Y Nelo, tras un poco, le empezó a mirar a la cara.

Dijo Calandrino:

—¿Qué miras?

—¿No has sentido nada esta noche? No me parece que estés bueno.

Calandrino empezó en el acto a temer, y dijo:

¹¹ Jornada novena: tema libre..

—¡Ay! ¿No me encuentras bien?

—No es eso, pero me pareces cambiado. Quizá no sea así —dijo Nelo.

Y le dejó ir. Calandrino, muy inquieto, aunque nada sentía, siguió. Y Buffalmacco, que no estaba lejos, al ver que se separaba de Nelo, salióle al encuentro también y después de saludarle, le preguntó si no sentía nada. Calandrino repuso:

—No sé; ha poco me decía Nelo que me encontraba cambiado. ¿Tendré algo?

—Y aun algo. ¡Si pareces medio muerto!

Ya Calandrino creía tener hasta fiebre. Y en esto sobrevino Bruno, y antes de que nada se hablase, exclamó:

—¡Qué cara tienes, Calandrino! ¡Pareces un difunto! ¿Qué sientes?

Calandrino, al oír hablar a todos así, tuvo por certísimo que estaba enfermo, y muy abatido les preguntó:

—¿Qué hago?

—Me parece que lo mejor es que te vuelvas a casa y te acuestes y te tapes bien, y que después avises al maestro Simón, que es muy amigo nuestro, como sabes. Él te dirá luego lo que debes hacer, y ya te veremos, y cualquier cosa que hayas menester se hará. Y, agregándoseles Nelo, fueron con Calandrino a su casa. Y él, con mucha fatiga, entró en su alcoba y dijo a su mujer:

—Ven y tápame bien, que me siento muy mal.

Y, una vez acostado, por una criadita mandó aviso al maestro Simón. Estaba éste entonces en el Mercado Viejo, y tenía un melón por distintivo.

Y Bruno dijo a sus compañeros:

—Quedad aquí con él, que yo voy a ver lo que dice el médico y, si fuere necesario, le traeré.

Dijo Calandrino a eso:

—Ve, compañero mío, y no dejes de decirme cómo anda la cosa, que ya me siento no sé qué aquí dentro.

Bruno fue a casa del maestro Simón y llegó antes que la criadita e informó del caso al maestro. En esto, la muchachita llegó y el maestro dijo:

—Vete y di a Calandrino que procure conservar el calor y que en seguida irá y le diré lo que tiene y lo que ha de hacer.

Con este recado fuese la moza. Y a poco el maestro y Bruno llegaron, y el médico se sentó junto a la cama y empezó a tomar el pulso al enfermo y, pasado un rato, y en presencia de la mujer, el médico dijo:

—Mira, Calandrino, si he de hablarte como amigo te diré que no tienes otro mal sino que estás preñado.

Calandrino, al oír eso, comenzó a gritar y a decir:

—¡Ay de mí! La culpa es tuya, Tessa, por querer siempre ponerte encima. ¡Ya te lo decía yo!

La mujer, que era muy honesta, al oír a su marido se avergonzó y ruborizó y, bajando la cabeza, en silencio salió de la cámara. Calandrino, sus quejas prosiguiendo, decía:

—¡Mísero de mí! ¿Qué haré? ¿Cómo podré parir mi hijo? ¿Por dónde saldrá? Muerto me veo por la perversidad de esa mujer, a quien Dios entristezca tanto como yo quiero estar alegre; mas si estuviese sano como no lo estoy, me levantaría y le daría tantas puñadas que la dejaría bien quebrantada. Sí, que nunca más la dejaré ponerse encima, y si salgo de esto ya podrá por mí morirse de ganas de hacerlo.

Al oír a Calandrino, Bruno, Buffalmacco y Nelo estaban a punto de estallar de risa, pero se contenían. En cambio, el maestro Simón reía tan a boca abierta que se le hubieran podido sacar todos los dientes. Pero, al cabo, haciendo ruegos Calandrino al médico pidiéndole consejo y ayuda, dijo el maestro:

—Calandrino, no quiero que te disgustes, que, gracias a Dios, tan pronto hemos advertido el hecho, que con poco trabajo y en pocos días te aseguro que te sacaré de él, pero habrá que gastar algo.

Dijo Calandrino:

—Sí, maestro, por amor de Dios. Tengo doscientas liras con las que pensaba comprar una finca, mas si todas son necesarias, todas se gastarán con tal de no tener que parir. Que no sé cómo saldría de ello, porque oigo a las mujeres alborotar tanto cuando van a parir, aunque bien tengan por donde hacerlo, que creo que si yo tuviese ese dolor antes moriría que pariese.

Dijo el médico:

—No te preocupes. Yo te prepararé cierta bebida destilada muy buena y de buen sabor, que en tres mañanas lo resolverá todo y quedarás tan sano como una manzana. Pero después has de andar con tiento y no incurrir en ciertas tonterías. Ahora bien: para esa agua se necesitan tres pares de capones gordos, y para otras cosas que son menester darás a éstos

cinco liras en moneda menuda, y ellos las comprarán y a mi botica las llevarán todas; y yo, en nombre de Dios, te mandaré mañana ese brebaje destilado, del que beberás de cada vez un vaso grande.

Calandrino, al oír esto, dijo:

—Maestro, en vos confío.

Y dio cinco liras a Bruno y otros dineros para tres pares de capones, y le rogó que se tomara esta fatiga en obsequio suyo.

Bruno compró los capones y otras cosas necesarias para un ágape y los comió con el médico y sus compañeros. Y el médico, en su laboratorio, hizo preparar un poco de agua azucarada y aromada, y Calandrino la tomó durante tres mañanas, y luego el médico, con sus compañeros, fue a visitarle y, tomándole el pulso, dijo:

—Curado estás de cierto, Calandrino, así que vete tranquilo a tus ocupaciones y no sigas en cama.

Levantóse Calandrino, contento, y fue a sus negocios, alabando mucho, con todo el que hablaba, la excelente cura del maestro Simón, que en tres días, y sin molestia alguna, le había despreñado. Y Bruno, Buffalmacco y Nelo quedaron alegres de haber con su ingenio burlado la avaricia de Calandrino, aunque Tessa, comprendiéndolo todo, mucho con su marido se enfadase.

Micer Gentil de Carisendi, al venir de Módena, saca de la sepultura a una mujer amada por él y a la que por muerta habían enterrado. Reconfórtase ella y da a luz un varón, y micer Gentil devuelve mujer y niño a Niccoluccio Caccianemicco, esposo de ella.¹²

MARAVILLOSO les pareció a todos que hubiese quien fuera liberal con su propia sangre, y afirmaron que Natán había en verdad superado al rey de España y al abad de Cluny. Y luego que se dijeron diversas cosas, el rey, mirando a Laurita, le indicó que deseaba que ella hablase. Por lo cual prestamente comenzó Laurita:

—Jóvenes, magníficas y bellas cosas han sido contadas, y no me parece que al efecto nos quede mucho que decir si todo ha de ser de la altura de las magnificencias ya narradas; y así habrá que echar mano de cosas de amores, que a todo prestan abundantísima materia de discurso. Y tanto por esto como porque a ello debe inducirnos nuestra edad, os contaré cierta generosidad de un enamorado, la cual, bien considerada, no me parece menor que las expuestas, ya que es bien cierto que se dan los tesoros, se olvidan las enemistades y se ponen la propia vida, y el honor y la fama, que son mucho más, en mil peligros con tal de poseer la cosa amada.

En Bolonia, nobilísima ciudad de Lombardía, había un caballero muy distinguido por su virtud y nobleza de sangre, al que llamaban micer Gentil Carisendo. Este joven se enamoró de una dama llamada doña Catalina, esposa de un tal Niccoluccio Caccianemicco, y, casi desesperado del amor de aquella mujer, habiendo sido nombrado podestá de Módena, allá se fue.

No estando entonces Niccoluccio en Bolonia, y habitando su esposa en una posesión que podía distar de la ciudad unas tres millas y a la que había ido por hallarse embarazada, le sobrevino un fiero accidente, tal y de tanta fuerza, que extinguió en ella todo signo de vida, de suerte que algunos médicos la juzgaron muerta. Y como sus parientes habían oído que, por el tiempo que ella llevaba embarazada, no podía estar aún perfeccionada la criatura, sin preocuparse más, entre muchos llantos, la sepultaron en las tumbas de una iglesia vecina. Y un amigo indicó esto en seguida a micer Gentil. El cual, aunque nunca hubiera poseído la gracia de la mujer, se dolió mucho y dijo: «¡Ay, que eres muerta, doña Catalina! Nunca, mientras viviste, pude conseguir una mirada tuya y, puesto que ahora no te podrás defender, quiero, muerta, algún beso robarte».

Y esto dicho, de noche, partiendo a escondidas, montó a caballo con un servidor y no paró hasta la tumba de la mujer. Y, abriendo la sepultura, en ella entró, y, tendiéndose junto a la mujer, acercó su rostro al de ella, y muchas veces la besó, entre lágrimas. Pero como ya sabemos que el apetito de los hombres no conoce límites, sino que siempre desea más cosas,

¹² Jornada décima: grandes hazañas.

y esto especialmente en los amantes, aunque había pensado no permanecer más, se dijo: «Ya que estoy aquí, ¿por qué no le toco un tanto el pecho, ya que nunca más volveré a tocarla?». Y, empujado por este apetito, le puso la mano en el seno y pareció que su corazón latía. Y, arrojando de sí el temor, tuvo por cierto que la mujer no estaba muerta, aunque poca y débil fuese su vida. Por lo que, tan suavemente como pudo, ayudado por su familiar, sacó del monumento a la dama y, colocándola sobre su caballo, secretamente la condujo a su casa de Bolonia.

Estaba allí su madre, mujer meritoria y discreta, la cual, cuando por el hijo se enteró pormenorizadamente de todo, movida de compasión, con algunos baños, y mucho fuego, devolvió la vida a la mujer. Ésta, al volver en sí, exhaló un suspiro y dijo:

—¡Ay! ¿Dónde estoy?

A lo que la anciana repuso:

—Consuélate, que en buen sitio estás.

La mujer, ya vuelta en sí y mirando en torno, no acertaba a saber dónde estaba, y viéndose ante micer Gentil, maravillada preguntó a la madre del caballero qué había pasado. Y micer Gentil por su orden se lo contó todo. Ella, dolorida, tras dar las gracias que pudo, le rogó, por el amor que le había mostrado, y por su cortesía, que en su casa no le hiciese cosa que fuese en detrimento de su honor y del de su marido y que cuando fuera llegado el día, a su propia casa la dejasen tornar. Micer Gentil repuso:

—Señora, cualquiera que haya sido mi deseo en el pasado, no me propongo, ni ahora ni en adelante (pues que Dios me ha hecho la gracia de devolveros de la muerte a la vida merced al amor que os he tenido antaño), trataros sino como a una hermana querida. Pero el beneficio que esta noche os he hecho merece algún galardón, y por eso quiero que no me neguéis una gracia que voy a pedir.

La mujer dijo benignamente que estaba dispuesta a concedérsela si era honesta y viable. Micer Gentil dijo entonces:

—Señora, todos vuestros parientes y todos los boloñeses os tienen por muerta y nadie en vuestra casa os espera, por lo que os pido el placer de que a escondidas moréis en mi casa con mi madre, hasta que yo retorne de Módena, que será pronto. Y la razón de lo que os pido es que quiero en presencia de los mejores ciudadanos de la población, hacer de vos solemne y valiosa dádiva a vuestro marido.

La mujer, obligada al caballero y comprendiendo que su deseo era honrado, aunque mucho desease dar la buena nueva de su resurrección a sus parientes, resolvió hacer lo que micer Gentil le demandaba, y por su fe se lo prometió. Y apenas había terminado sus palabras de respuesta, cuando conoció que llegaba el momento del parto y, tiernamente ayudada por la madre de micer Gentil, a poco dio a luz un hermoso varón. Esto multiplicó su alegría y la de micer Gentil. Dispuso micer Gentil que se hiciese todo lo oportuno y que se la sirviera como si fuese su propia mujer, y a Módena secretamente tornó.

Concluso allí el tiempo de su oficio, y debiendo regresar a Bolonia, dispuso que, la mañana de su entrada en la ciudad, muchos gentileshombres boloñeses, entre ellos Niccoluccio Caccianemicco, fueran a un gran festín en su casa. Y al volver y desmontar y avistarse con los suyos, encontró a la mujer más bella y sana que nunca, y a su hijito bien, y con incomparable alegría hizo sentar los comensales a la mesa y mandó servirles magníficas viandas. Y cuando el yantar se acercaba a su fin, habiendo él antes tratado con la dama de la forma en que las cosas se debían hacer, así empezó a hablar:

—Señores, recuerdo que existe en Persia una, a mi entender, agradable usanza, y es que cuando uno quiere honrar sumamente a un amigo, le invita a su casa, y allí le muestra esposa, amiga, hija o lo que sea que más caro le fuese, afirmando que de buen grado, como eso le muestra, le mostraría, si pudiese, su corazón. Yo quiero observar este uso en Bolonia. Vosotros habéis honrado mi convite y yo quiero honraros a lo persa, mostrándoos la cosa más querida que tengo en el mundo. Mas antes de hacerlo os ruego que me aclaréis una duda que voy a exponeros. Hay una persona que tiene en su casa un bueno y fiel servidor, que enferma gravemente, y, sin esperar la cura del criado enfermo, le hace sacar en medio de la calle y no se cuida más de él. Llega un extraño y, por el enfermo movido a compasión, lo lleva a su casa y con gran solicitud y gasto le cura la enfermedad. Quiero ahora saber si, quedándose con el criado y usando sus servicios, puede el primer señor, en buena equidad, dolerse o quejarse del segundo, si, mandando al criado llamar, el segundo no se lo quisiere devolver.

Los caballeros razonaron variamente entre sí y, viéndose unánimes a Niccoluccio Caccianemicco, que era elocuente, confiaron la respuesta. Y él, empezando por alabar la usanza de Persia, dijo que él y los demás abundaban en la opinión de que el primer señor no tenía derecho alguno a su servidor, ya que en caso tan crítico le había abandonado, y que los beneficios del segundo a los servicios del criado dábanle derecho, tanto y más cuanto que, conservándolo, ningún enojo, ninguna fuerza, ninguna injuria hacía al primero. Los demás hombres de pro que a la mesa estaban confirmaron la opinión de Niccoluccio. El caballero, contento de tal respuesta y de que de boca de Niccoluccio saliese, afirmó que participaba de tal opinión. Y rápidamente añadió:

—Tiempo es ahora de que os cumpla la promesa hecha.

Y, llamando a dos criados, les ordenó que pidiesen a la dama, a la que espléndidamente había hecho vestir y ornar, que satisficiera a los hidalgos con su presencia. Y ella, llevando en brazos a su bellísimo hijo, acompañada de dos sirvientes entró en la sala y, por súplica del caballero, se sentó junto a uno de los invitados. Y él dijo:

—Ésta es, señores, la cosa más preciada que tengo y pienso tener, y mirad si os parece que tengo razón.

Los hidalgos, honrándola y alabándola, al oír que él decía tenerla en tanto, la comenzaron a mirar, y muchos habrían dicho quién era si por muerta no la tuviesen. Pero más que nadie la miraba Niccoluccio. El cual, habiéndose apartado un tanto el caballero, como ardía en ganas de saber quién era la mujer, no se pudo contener y le preguntó si era de Bolonia o forastera. La mujer, al hablarle su marido, difícilmente de responder se contuvo, pero, por seguir lo

convenido, calló. Otro le preguntó si aquel niño era suyo, y algunos si ella era esposa o parienta de micer Gentil, a nada de lo cual contestó. Y en esto, sobreviniendo micer Gentil, dijo uno de los forasteros:

—Señor, bella mujer es ésta, pero parece muda. ¿Lo es?

—Señores —dijo micer Gentil—, el que no haya hablado es no pequeño alegato en pro de su virtud.

—Decidnos —siguió el otro— quién es.

—Eso haré de buena gana, siempre que me prometáis que, diga yo lo que diga, ninguno ha de moverse de su lugar hasta que yo concluya mi relato.

Así lo prometieron todos, y alzáronse los manteles, y micer Gentil se sentó junto a ella, y dijo:

—Esa mujer, señores, es el criado fiel y leal del que poco antes os hablé. Porque ella, no estimada de los suyos, en medio de la calle fue arrojada y por mí recogida, y con mi solicitud y obras, la saqué de manos de la muerte. Y Dios, mi buena afección contemplando, de espantoso cadáver en tal bella me la ha convertido. Mas para que mejor entendáis como eso sucedió, brevemente os lo esclareceré.

Y empezó a hablar de su enamoramiento, y pormenorizadamente narró todo lo sucedido, con gran asombro de los oyentes. Y agregó después:

—Por cuyas cosas, si no habéis, y especialmente Niccoluccio, mudado de opinión, esta mujer merecidamente es mía y nadie con justo título me la puede reclamar.

A esto ninguno respondió y todos esperaban lo que él siguiese diciendo. Niccoluccio y los demás lloraban de compasión. Mas micer Gentil, puesto en pie, tomó en sus brazos al niño y a la mujer de la mano, y, dirigiéndose a Niccoluccio, dijo:

—Levántate, compadre. He aquí que no te devuelvo a tu mujer, a la cual tú y tus parientes dejasteis por muerta, sino que te doy esta mujer, comadre mía, con su hijito, el cual estoy cierto de que fue por ti generado y al que he tenido en el bautismo, llamándole Gentil. Y te ruego que no le quieras menos porque haya estado en mi casa tres meses; pues te juro por Dios que, así como mi amor fue motivo de su salvación, nunca ella con su padre y madre, o contigo, ha vivido más honestamente que lo ha hecho con mi madre en mi casa.

Y dirigiéndose a la dama, le dijo:

—Señora, de toda promesa os libero y os entrego a vuestro Niccoluccio.

Y pasando la mujer y niño a los brazos de Niccoluccio, se volvió a sentar. Niccoluccio acogió con gran deseo a su esposa e hijo, con tanta mayor satisfacción cuanto que menos esperaba aquello; y lo mejor que supo dio al caballero las gracias. Y los demás, llorando todos de compasión, elogiaron mucho el caso, así como los que lo oyeron contar. La mujer fue acogida en su casa con prodigioso júbilo y, como resucitada, durante mucho tiempo fue contemplada

con admiración por los boloñeses. Y micer Gentil siempre vivió como gran amigo de Niccoluccio y de todos sus parientes.

¿Qué podemos decir de esto, benévolas amigas? ¿Creéis que haber dado un rey su cetro y corona; y un abad, sin nada costarle, reconciliado a un malhechor con el papa, y un viejo puesto el cuello al cuchillo de su amigo, es comparable a la hazaña de micer Gentil? Porque él, joven y ardiente, pareciéndole tener derecho a aquello que por descuido los demás habían abandonado, y que salvó por su buena fortuna, no sólo atemperó honradamente su fuego, sino que liberalmente restituyó lo que tenía y tanto había deseado poseer. Me parece que ninguna de aquellas otras cosas es a ésta semejante

Carta a los censores

NOBILÍSIMAS jóvenes para cuyo consuelo yo a tan larga tarea me he aplicado: creo que, con ayuda de la divina gracia, no tanto debida a mis méritos como a vuestros ruegos piadosos, he cumplido debidamente lo que al principio de la presente obra prometí hacer. Por lo cual, rindiendo primero gracia a Dios y después a vosotras, reposo quiero dar a la pluma y a la fatigada mano. Mas antes de concedérselo, brevemente a algunas cosillas que vosotras u otros podréis alegar (pues me parece estar certísimo de que no debo tener especial privilegio sobre las cosas ajenas, y aun recuerdo que he mostrado no tenerlo al principio de la cuarta jornada) me propongo responder.

Habrá tal vez entre vosotras algunas que digan que yo, al escribir estas narraciones, he usado demasiada licencia, haciendo algunas veces decir a las mujeres, y muy a menudo escuchar, cosas no muy convenientes para dichas o escuchadas por mujeres honestas. Lo cual niego, porque nada hay tan deshonesto que, diciéndolo con honestos vocablos, siente mal a nadie. Y en eso me parece haber procedido muy convenientemente. Pero presuponiendo que fuere como digáis (que no pretendo discutir con vosotras, porque venceríais), digo que para responder de por qué así lo he hecho, muchas razones surgen prontamente. En primer lugar, si algo de lo que se me reprende hay en alguna narración, la clase de éstas lo ha requerido, ya que, si con ojos razonables las examina la persona entendida, muy claramente se conocerá que yo no podía contarlas de otra manera, a no ser que me apartase del asunto. Y si hay acaso en ellas alguna partecilla o palabra más libre de lo que acaso agrade a una mujer gazmoña, de éstas para quienes las palabras pesan más que los hechos y más que en ser buenas se esfuerzan en parecerlo, digo que no se me debe a mí censurar más el haber así escrito que pueda censurarse a los hombres y mujeres el andar diciendo todos los días «agujero», y «clavija», y «mortero», y «salchicha», y «mortadela», con otras muchas cosas semejantes. Aparte de lo cual no se debe conceder menos autoridad a mi pluma que al pincel del pintor. Al que, sin reprensión, o al menos sin reprensión justa, dejamos que haga a san Miguel herir a la serpiente con la espada o la lanza; y a san Jorge al dragón donde le place; y a Cristo le hace varón y a Eva hembra; y al mismo que por la salvación de la raza humana quiso en cruz morir, unas veces con un clavo y otras con dos, los pies le fija en ella. Además, bien se puede conocer que estas cosas no se dicen en la iglesia, de cuyas cosas con ánimo y vocablos honestísimos conviene hablar (aunque en las historias eclesiásticas se encuentren muchos lances análogos a los relatados por mí); ni siquiera en las escuelas de los filósofos, donde se requiere no menos honestidad que en cualquier otra parte; ni tampoco entre clérigos ni filósofos, en sitio alguno, sino entre jardines y lugares de solaz, y entre jóvenes, aunque ya lo bastante maduros para que no les trastornen palabras, y en una época en que, para salvarse, ni en los más honrados parecía censurable andar con las bragas en la cabeza. Pueden mis relatos, tales como son, perjudicar y beneficiar, como todas las demás cosas, según los que las escuchan. ¿Quién no sabe que el vino es cosa óptima para los seres vivientes según Cinciglione y Esculapio y muchos otros, y nocivo, empero, para quién tiene fiebre? Porque perjudique a los enfebrecidos, ¿diremos que es malo? Parecidamente, las armas defienden la salud de quienes pacíficamente vivir desean, y también muchas veces matan a los hombres, no por malicia suya, sino de quienes con maldad las emplean.

No hay mente corrompida que sanamente entienda palabra alguna; así, las que tan honestas no son, no contaminan el ánimo bien dispuesto, como el lodo no contamina los rayos del sol, ni las fealdades de la tierra las bellezas del cielo. ¿Qué libros, qué palabras, qué escritos son más santos, dignos y reverendos que los de la divina Escritura? No obstante, ha habido quienes, perversamente interpretándola, su perdición y la de otros han provocado. Cada cosa en sí misma es buena para algunas cosas, y mal empleada puede ser nociva para muchos. Y esto mismo digo de mis cuentos. Al que de ellos quiera sacar mal consejo o mala obra, ellos no se lo impedirán si eso contienen, o si, desvirtuándolos, se los hace contenerlo; mas a quien de ellos quiera sacar utilidad y fruto, no se lo negarán tampoco, y siempre por útiles y honestos serán tenidos si se leen a las personas y en las ocasiones para las cuales han sido narrados. Quien ha de decir padrenuestros y andar a partir un piñón con su devota, déjelos en paz, que ellos no correrán tras de nadie para hacerse leer, aunque los santurrones también hacen y dicen sus cositas cuando llega el caso. No faltarán quienes digan que habría valido más no poner algunos de estos cuentos. Concedámoslo. Pero yo no podía ni debía escribir sino lo que se contó, y como quienes lo contaron debía yo contarlos también. Mas, aun suponiendo que yo fuera de estas narraciones inventor y escritor, que no lo fui, digo que no me avergonzaría de que no todas fuesen bellas, porque no se encuentra maestro alguno, fuera de Dios, que lo haga todo bien y cumplidamente; y Carlomagno, primer creador de los paladines, no pudo tantos crear como para con ellos formar una hueste. Conviene, en la multitud de las cosas, que haya diversas calidades de ellas. Ningún campo ha habido nunca tan bien cultivado que no se encuentren en él ortigas, trébol o zarzas entre las hierbas mejores. Aparte de que, habiendo de hablar a jovencitas sencillas como vosotras sois en vuestra mayoría, sandez hubiera sido andar buscando y fatigándose en hallar cosas exquisitas, y poner gran cuidado en hablar mesuradamente. Además, quien vaya leyendo estas narraciones, deje las que le punquen y lea las que le deleiten. Sí, que, para no engañar a nadie, todas llevan al comienzo indicación de lo que en su seno escondido tienen.

Y aun no faltará quien diga que algunas son demasiado largas. A los cuales digo que quien tenga otra cosa que hacer, necedad comete en leer estos relatos, aun los breves. Y aunque ha pasado mucho tiempo desde que empecé a escribir hasta ahora en que llego al final de mis fatigas, no por ello se me ha ido de la mente el hecho de que ofrecí estos afanes míos a las mujeres ociosas y no a las demás; y para quien lee por pasar el tiempo, nada es largo si para lo que busca sirve. Las cosas breves convienen mucho mejor a los estudiantes, que se esfuerzan, no en pasar el tiempo, sino en aprovecharlo útilmente, mas no es éste vuestro caso, mujeres, a las que os sobra todo el tiempo que en los amorosos placeres no consumís. Y, además, como ninguna de vosotras ha ido a estudiar a Atenas, ni a París, ni a Bolonia, más extendidamente hablaros conviene que a quienes en los estudios han aguzado el ingenio.

Tampoco dudo de que habrá quienes digan que las cosas dichas están demasiado cargadas de burlas y chanzas y que no conviene a hombre de peso y grave haber escrito de esta guisa. A las que hablen así estoy obligado a darles y les doy las gracias, porque las impele su buen celo y aprecio de mi fama. Pero responderé a su objeción diciendo que confieso ser hombre de peso y haber muchas veces en mis días sobre algunas pesado, por lo que hablando a las que no me pesaron nunca, les afirmo que, en cambio, no soy grave, sino antes tan ligero que floto en el agua. Y considerando que las prédicas hechas por los frailes para apartar de sus culpas a

los hombres, abundan hoy, en su mayoría, en chanzas, ingeniosidades y dichos, estimo que lo mismo no estará mal en mis narraciones, escritas para alejar la melancolía de las mujeres. Sin embargo, si por esto demasiado rieren, las lamentaciones de Jeremías, la pasión del Salvador y el arrepentimiento de la Magdalena les podrán fácilmente curar de ello.

¿Y quién dejará de pensar que habrá quienes digan que tengo mala y venenosa lengua por lo que en algún lugar escribo acerca de los frailes? A quienes así digan les perdono, porque no es de creer que les mueva sino justa razón, ya que los frailes son personas buenas, y huyen de la incomodidad por amor de Dios, y recogen lo que otros siembran, y no lo propalan, y si no fuera porque todos huelen un poco a cabruno, no serían un desagradable manjar. Confieso, no obstante, que las cosas de este mundo no tienen estabilidad alguna y están siempre sujetas a mutación, y así podría ocurrirle a mi lengua. De la cual, no creyendo yo en mi propio juicio, del que en cuanto puedo huyo en mis cosas, me dijo no ha mucho una vecina mía que era la mejor y más dulce del mundo. Y en verdad que cuando esto ocurrió quedaban pocas que escribir de las narraciones supradichas. Y así, respecto a los que animosamente razonen, quiero que con lo dicho baste por respuesta.

Y, dejando ahora a cada una decir y creer lo que le parezca, tiempo es ya de poner fin a las palabras y de dar humildemente las gracias a Aquel que, tras larga fatiga, con su ayuda me ha conducido al fin deseado. Y vosotras, agradables mujeres, quedad en su paz y gracia, y acordaos de mí si a alguna en algo le aprovecha el haberme leído.